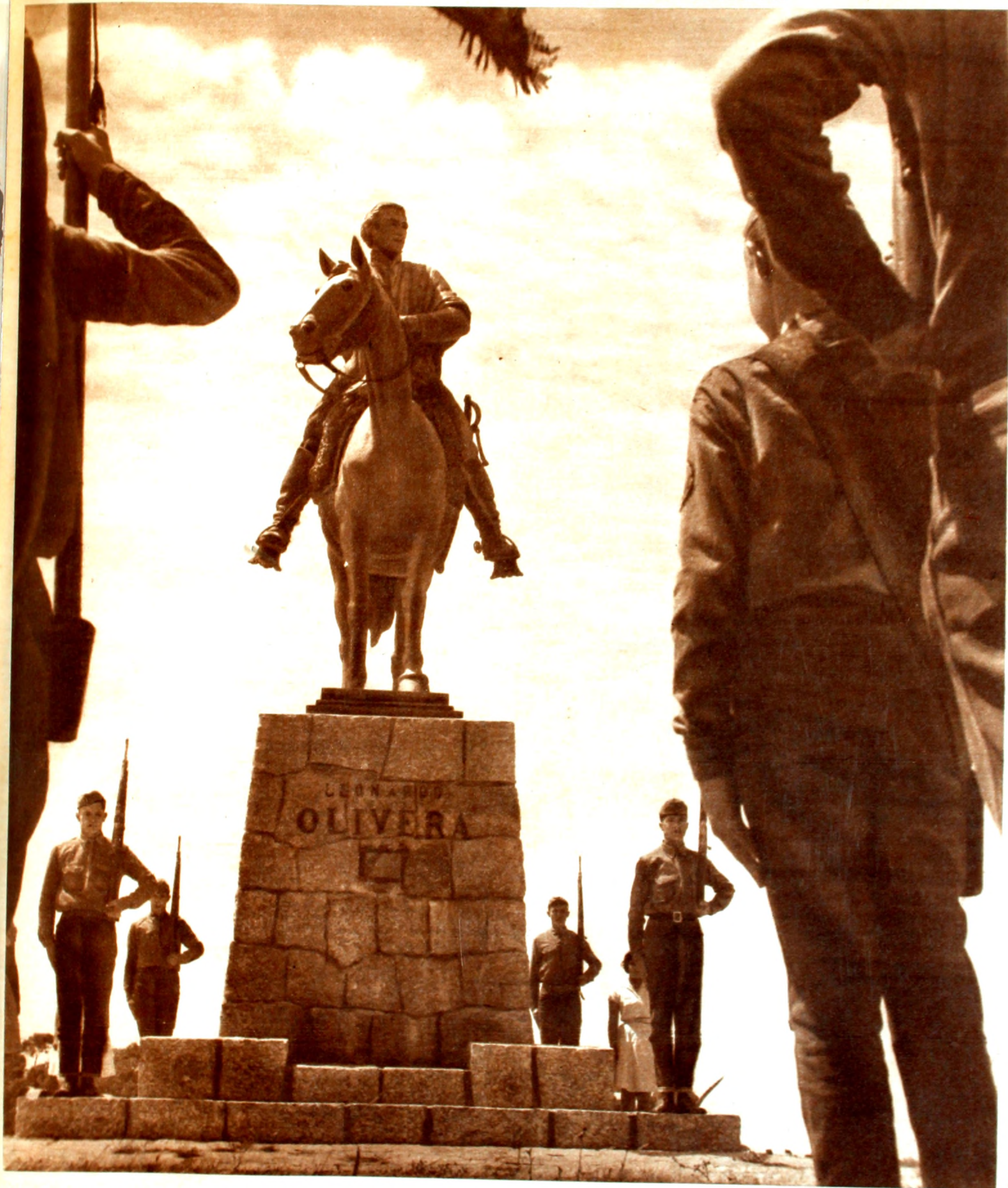




**HOMENAJES AL Gral.
LEONARDO OLIVERA**

Aprovechando la circunstancia de que el Liceo Militar y Naval "General Artigas" realizaba sus prácticas de fin de cursos en las cercanías de Santa Teresa, se rindió homenaje al recon-

quistador de la fortaleza, en 1826, tributándosele honores militares al monumento, asistiendo, con autoridades militares, delegaciones de los liceos de Rocha, Chuy, Castillos y de Montevideo.

EL RELOJ DE LA CATEDRAL CUMPLE CIEN AÑOS



El reloj de la catedral de Montevideo cumple en el día de hoy una centuria. Empezó a funcionar por primera vez el 24 de diciembre de 1861. Fue adquirido por un primitivo decreto de la Junta Económico Administrativa en las fábricas Roskell de Liverpool, a un costo aproximado de 370 libras esterlinas. Aunque sacó su carta de ciudadanía en nuestro país, nació en esa histórica y vieja Inglaterra, que se ha hecho célebre, entre otras cosas, por la fabricación de relojes que marcan el tiempo en los lugares más dispares del globo, poniendo en evidencia el rigor de la artesanía de relojeros como Tompion, Joseph Knipp y Daniel Quare.

El reloj de la catedral de Montevideo cumple en el día de hoy una centuria. Empezó a funcionar por primera vez el 24 de diciembre de 1861. Fue adquirido por un primitivo decreto de la Junta Económico Administrativa en las fábricas Roskell de Liverpool, a un costo aproximado de 370 libras esterlinas. Aunque sacó su carta de ciudadanía en nuestro país, nació en esa histórica y vieja Inglaterra, que se ha hecho célebre, entre otras cosas, por la fabricación de relojes que marcan el tiempo en los lugares más dispares del globo, poniendo en evidencia el rigor de la artesanía de relojeros como Tompion, Joseph Knipp y Daniel Quare.

Inmutable, idéntico a sí mismo, transformador silencioso de acaeceres, proyectando su larga sombra sobre casi la mitad del siglo XIX y otro tanto del siglo actual, el venerable reloj es el de proporciones más gigantescas que funciona en el Uruguay. Sus dos esferas esmeriladas, que miran una al naciente y

otra al poniente de la urbe, miden tres metros de diámetro cada una. El brazo del horario tiene un metro y medio de dimensión y pesa 10 kilogramos. El minuterio recorre anualmente el equivalente a una distancia de 69 kilómetros. La pesa principal de su mecanismo es de 200 kilogramos. El tambor de la hora, el de la marcha y el que administra los cuartos arrojan 35 metros de cable de acero. Se le da cuerda con una manivela de hierro, que extendida, mediría un metro. Para la limpieza de cojinetes, ruedas volantes y básculas, demanda el uso de un balde y cepillo de la cocina común y un equilibrio de volatinero de circo, en Nicolás Ursino, que es el relojero que le presta servicios profesionales desde que heredara el "metier" del viejo cuidador alemán que prestaba en la torre de la catedral análogas tareas. El reloj tiene una gigantesca combinación de relojería que mediante tres tambores distintos permite la movilidad de las agujas y el sonido co-

respondiente a las horas y los cuartos.

Como datos para la estadística parecen suficientes. Pocos relojes tienen una foja de servicio más meritosa. Hace apenas unos pocos años cumplió también cien años el famoso "Big Ben", instalado en una de las torres de la Cámara de los Comunes, en Londres. Entonces surgieron por doquier historiadores, cronistas y relatores que hablaban entusiastamente de su significado, de su valor evocativo y de su importancia.

Hoy le toca el turno del centenario a este viejo reloj montevideano vinculado a la historia sencilla, pero no menos emotiva, de todos los quehaceres ciudadanos. Hechos y sucesos que el fondo de los últimos cien años se canalizan en alternadas circunstancias dramáticas o que supieron dar cuenta de los primeros asombros del despertar recién amanecido de la patria.

La historia del reloj de la

catedral es la historia de cien años montevideanos, de cien años del mundo. Historia ya remota, ya próxima, o que prefigura las realidades del tiempo que vendrá. A su alrededor fue que comenzaron a perfilarse los edificios característicos de toda ciudad a la española. El día que lo ubicaron en lo alto de la torre, ¿cuál sería el aspecto de nuestra ciudad, despojada de la carga de cien años menos?

Alejandro Dumas en su novela "Montevideo ou une nouvelle Troie", aparecida en 1850, ha narrado así la canción de cuna, el aspecto panorámico de aquellos años:

"El viajero que llega de Europa en una de esas naves que los nativos tomaron el principio por casas volantes, lo primero que divisa, cuando el vigia grita: ¡Tierra!, son dos montañas: una de la derecha, que es la catedral, la iglesia matriz, como allá se dice, y la otra de piedra, salpicada de manchas de verdura y terminada en un faro: es Cerro. Luego, a medida que se va aproximando, por sobre las torres de la cate-

dra cuyas cúpulas de porcelana brillan al sol, a la derecha del montículo que domina la vasta llanura, distinguen los miradores incontables y de formas diversas que coronan casi todas las casas; luego, esas mismas casas, rojas y blancas con sus terrazas; después, al pie del Cerro, los saladeros, amplias construcciones donde se sala la carne; y finalmente al fondo de la bahía y bordeando el mar, las encantadoras quintas, delicia y orgullo de los habitantes y que ha en que, los días de fiesta, se oiga por doquier: "¡Vamos al Miguelete!", "¡Vamos a la Aguada!", "¡Vamos al Arroyo Seco!". Luego, echada el ancla entre el Cerro y la ciudad, que desde cualquier punto que la miréis la veréis dominada por su gigantesca catedral, Leviatán de ladrillo que parece navegar sobre el mar de casas..."

Y bien, en este "Leviatán de ladrillo" sería colocado el reloj, once años después de la descripción de Dumas. Entonces Montevideo tenía una población de 58.000 almas. En esa misma época se producía la inauguración de la primera línea telegráfica a la ciudad de Buenos Aires; la implantación de la primera línea férrea que iba de Montevideo al Durazno y se efectuaba por primera vez el suministro de aguas corrientes en la ciudad.

El teatro Solís, que se había inaugurado en 1856, cumplía con éxito sus temporadas a cargo de compañías que arribaban de Europa. En la Unión funcionaban las corridas de toros. Y la ciudad contaba apenas con seis escuelas.

Desde su torre, el reloj de la catedral contempló en el mismo año de su adaptación al medio, la instalación de la primera panadería higiénica con amasijo a máquina y en 1866 presenció el arribo de la primera máquina de coser importada de Nueva York, y que habría de ocasionar con su mecanismo tan escandaloso, el asombro de los azorados montevideanos de aquella época.

La ciudad y el reloj iban librando de igual a igual su agrio combate con el tiempo. Y las generaciones comenzaron a sucederse sin reverencia para nadie. A todos marcó el reloj de la catedral la hora de su alumbramiento y la de su muerte.

Vio cómo crecían los niños, y sin melancolía los vio envejecer. Todo lo registró su pupila: las personas, los animales, los hechos y sus motivos, bonanza, revoluciones, el paso de pesadas carretas, gauchos taciturnos y también las tristes caravanas funerarias que salían de la ciudad con las víctimas de la fiebre amarilla del 73 hacia los cementerios de extramuros.

El mismo, fue víctima propiciatoria de la marcha del tiempo, ese tiempo que sigue adelante pese a todo, raspando con sus uñas la corteza de todos los secretos. El reloj tiene su propia historia y su leyenda. La artillería de granizo de un temporal acibilló en una oportunidad la esfera de vidrio que fue necesario reponer. Diferencias entre la Comuna y la Curia acerca de quién debía correr con los gastos

que imponía su funcionamiento, le produjeron la inmovilidad de brazos cruzados que llegó a durar meses. Un día se le cayó una de las pesas. Otro, las reformas efectuadas en la catedral despojaron de algunas figuras mitológicas como la de los dios Cronos provisto de su correspondiente clépsidra su guadaña, esculpidos en la pared de la torre, en una especie de provocativo monoteísmo y en el frente mismo de un templo que cultivaba el monoteísmo.

Pero siempre, y luego de los recesos, siguió imperturbable la marcha de las horas. Como un cadáver al cual le resucitan los minutos. La historia continúa. Las brasas calientes de los días se convierten paso a paso en ceniza y resaca. Hay noches de odio. Y en las noches que inspiran en el corazón una paz profunda e imponente. Pero el reloj de la catedral sigue fijando su pupila de sonámbulo sobre la ciudad que crece sin oírse ni disciplina a su alrededor. Indiferente a la atonía que a veces se impregna de melancolía en las frondas de la plaza Matriz; en los hierros y parrillas del Cabildo. Sin importarle el verano, cuyo esplendor se instala en la costa del Sur. Exilado en su nicho entre campanas. Refugio de pájaros y pájaros, que parecen que han salido volando, de las torres del "Leviatán de ladrillo", sino de las pinturas transparentes de W. Hudson. Su alma es de vigilia. Su razonamiento, el de un testigo implacable. Incrustado en la piedra inmóvil, que se levanta sobre el hervidero de las tardes bursátiles de la mercantilizada Ciudad Vieja, donde las horas transcurren deletreando el espíritu antiguo de los lejales mercaderes cartagineses. Magníficamente inconsciente del efecto que produce la huida del tiempo sobre nuestras insignificantes vidas.

Un siglo ha ido rodando sobre su esfera y ahí están sus incansables agujas proclamándolo. Un siglo que ha transformado al mundo. Que no ha sido cosa de linterna mágica. Que se inició el 24 de marzo de 1861 (año en que comenzó a prestar servicio público el reloj de la catedral) cuando Abraham Lincoln, al tomar posesión de la presidencia, llamó a las armas para defender a la Unión. Luego de la escisión provocada por la separación de algunos Estados sureños. A partir de entonces, hasta el día de hoy, en que el hombre comienza a dominar la vida secreta del espacio, la suerte corrida por la Humanidad ha sido diversa.

Y allí sigue el reloj de la catedral sobre nuestras cabezas. Pronto a inaugurar en el día de hoy, su segunda centuria. La misma esfera y las mismas agujas, que siguen marcando el ritmo de nuestra vida. Siempre adelantando. Siempre hacia lo que está cada vez más próximo y no es posible prever. A través de las eternas tinieblas de este mundo.

J. R. CRAVEA

(Fotografía de la Oficina de Prensa del Concejo Departamental de Montevideo) (Especial para EL DIA)



Donde se abría la puerta de la casa natal de Pedro Leandro Ipuche, en Treinta y Tres — hoy demolida —, el Consejo Departamental ha colocado una placa conmemorativa. En la foto, rodeando al poeta, Concejales, Directores del Liceo y del Instituto Normal y parte de los miembros de la Comisión de Homenaje, en el acto realizado en el curso del año pasado.



Ipuche en Treinta y Tres, que festejó con orgullo el medio siglo literario de su hijo dilecto. Al fondo, se ve la casa de Fernanda Soto, protagonista de una de sus más bellas obras.

IPUCHE Y LA "ISLA PATRULLA"

LINDA cifra de medio siglo de andanzas literarias, ha cumplido ya Pedro Leandro Ipuche, el poeta de los versos madrugadores que signaron desde temprano, la lírica urgencia subjetiva de un hombre enhiesto, parco, digno, de claras rectitudes, de nobilísima temperatura humana, que conjugó en su obra la áspera y bravía emoción terruñera con las alquimias de una cultura de universales dimensiones; que ama lo criollo y admira a los clásicos; que recita el "Martín Fierro" y se sabe la Biblia de memoria; y que a la misma hora en que el destino le ha añadido la gloria de ser abuelo, compra, como un estudiante, un curso completo de discos para refrescar su inglés a fin de releer los sonetos de Shakespeare; o de pie — siempre lee de pie —, con el mate en una mano, renueva contacto con los héroes de la Ilíada, en el idioma original de los textos homéricos. Hay que ver el significado de ese medio siglo de creación sin pausa, hay que medir uno y otro año hasta sumar cincuenta, hay que tomar conciencia de lo que significan en la existencia de un hombre, esos números, que dejan de ser números para convertirse en jirones de vida, peripecia entrañable, en la que han ido entrando todos los sucesos menudos y grandes que entretienen la trama irrepitible de cada biografía, para palpar un poco más allá de la precisa circunstancia estadística, lo que ahí cabe de sangre y nervio, de pasión y drama, de dolor y esperanzas, de quehacer y desalientos, en la íntima aventura solitaria del individuo sometido al tiempo, y advertir que la continuidad de vocación y de aptitud no precisa argumento más elocuente que esa ardorosa tenacidad que sobre las sienes envejecidas, ve despuntar cada mañana, con igual fe y con igual resplandor que la primera que le alumbró los versos iniciales. Porque no sería tan digno de señalarse el fasto, si la capacidad gestora hubiérase perdido en el camino y sólo se estaría rememorando un guarismo vacío, una fecha muerta. Pero cuando ese año y ese otro más que sumar, cinco décadas y se deslizan todavía con frescura intacta e inocente, lo ven inclinado sobre sus cuartillas cada día, vibran con júbilo, porque el creador sigue entero en su tarea, y es justificado y oportuno celebrarlo.

En la mitad exacta de ese camino trazado a hombría, como un mojón que escinde en dos tramos la ruta, se alza "Isla Patrulla". Bodas de plata en medio de las bodas de oro con la literatura. Los veinticinco años que han pasado entre sus hojas, no roban al libro un solo día de reciedumbre, de vigencia, no han podido con su linaje

de romance campesino, no se ha envejecido ni deteriorado su poemático embrujo.

Una reciente edición especial realiza esa mayoría de edad, con el respaldo unánime del Consejo de Gobierno que propuso que el Ministerio correspondiente señalara en forma pública la valiosa labor de nuestro compatriota, en su cincuentenario poético. "Isla Patrulla" rehace así en nuevas generaciones, el sendero de entusiasmos que recogió al aparecer en 1935, en aquellas afamadas publicaciones de "Amigos del Libro Rioplatense", con prólogo encomiástico de Carlos Sabat Erasty, entre el aplauso de un Carlos Reyles o un César Miranda, marginada por juicios categóricos como este de Francisco Espinola, de tan sabido autoridad: "Descartada la reconocida genialidad de la poesía de Ipuche — original, honda, trascendente —, hay en ella una sabiduría como tal vez no la tenga ninguna de lengua española en la actualidad, sin omitir a la de Dario. Esa misma condición de sabiduría laboriosa, se evidencia en "Isla Patrulla", doscientas páginas sin un solo claro, donde cada frase, así, absolutamente, cada frase, denuncia la calidad de un espíritu de excepción".

*

El solar nativo, Treinta y Tres, marcó para siempre al hijo poeta, con su paisaje agreste y contrastante, sus gentes cordiales, los lazos de veneración hogareña, todo un mundo íntimo, arrullador, querencioso, patinado de remembranzas, atesorando sabores de frutos mordidos en la infancia, cantos de pájaros montaraces, travesuras semi-olvidadas. Ese trasfondo que en el alma se legendariza, dará siempre a Ipuche una resonancia evocadora, transfiguradora de un orden emotivo en orden estético. Taumaturgia del sentimiento en arte, que imprimiría a sus escritos, la virtud concreta, lúcida, de las cosas auténticas, con el soplo imponderable y melancólico de las añoranzas, poniendo el sueño sobre lo verdadero, de tal modo que sus ficciones narrativas llevan mucho de autobiográfico sublimado. Y los poéticos rincones solariegos gozarán del privilegio de verse consagrados, en su prosa recia, tersa, leve, hendida, exigida. La Quebrada de los Cuervos o Isla Patrulla se han vuelto protagonistas literarios. Y el dato de realidad que los sustenta, contribuye muy particularmente a la vitalidad y vigencia del estilo.

"Isla Patrulla" toma su nombre de un monte de árboles así llamado, a cuarenta kilómetros de la ciudad de Treinta y Tres, que en otros tiempos fue un buen refugio para las patrullas que vigilaban a los con-

trabandistas y malhechores fronterizos; lugar estratégico para avizorar lejanías. El escenario violento no parece propicio para la vivienda familiar. Sin embargo, allí fue a fundarse, en el siglo pasado, la estancia de los Cruz. En Ezequiel Cruz, un hijo del fundador, centra Ipuche el interés narrativo. Prosa tajante — como expresión fiel del hosco medio que la engendra —, "prosa fuerte, mordida por la lima", pero de apariencia nítida, perfilada, fluyente, muéstrase a un mirar más detenido, densa, barroca, trabajada. Breve e incisiva la frase, marca un ritmo rápido, actuante, móvil. Sabio en el uso del verbo, casi siempre lo conjuga en presente cuando para eternizar la acción el tiempo así parece detenerse y agravarse y seguir existiendo.

El poeta, con su propio nombre, interviene como participante, actor y espectador de su obra, y lo anecdótico adquiere contorno primario de epopeya, una grandeza de estampa bárbara.

Desde el comienzo, ciertos giros, cierta manera de decir, llaman la atención y van creando un clima mágico, propicio para la leyenda. Al encontrarse con don Ezequiel, vuelto el autor al pago después de larga

ausencia, anota: "Vi que era hombre de numerosos años": modo elaborado y arcaico propio de gestas primitivas. A este don Ezequiel, varón feudal, de vida rica en valentías, lo aureola un fulgor de mito criollo agrandado en coplas cantadas con acompañamiento de guitarras, en las ruedas gau-chas del contorno. La hija ciega, de sereno mundo interior, alma que irradia paz, la Adelina de "dedos evangélicos" para acariciar a los recentales, la de aérea y "permanente sonrisa sin dirección"; los hijos y los nietos, la peonada adicta, rodean al señor como en edades olvidadas, y le dan pedestal de patriarca, con sus barbas pluviales, "barbas antiguas blanqueando como un torrente", mientras en torno suyo gravita la fatalidad, personaje no menos poderoso de la obra. Un sobrio color costumbrista enriquece las páginas del libro, y el típico "velorio del angelito" culminado en baile, o el casamiento de antes en campaña, o la hora decidida de las revoluciones, en las que se enfrentaban hermanos con divisas opuestas, desfila con empaque solemne, alucinante, con gravedad trágica, que emparenta lejanamente a los protagonistas con aquellos valleinclanescos de las "Comedias bárbaras". La adjetivación es inconfundible por su originalidad y su maestría: el adjetivo se convierte en metáfora. Y el ámbito prodigioso se ha nutrido de seres vivos; no son productos de la imaginación: aquellos Cruz, existieron; y aún más: vive Adelina todavía; vive un hijo de Antonio María y nieto de don Ezequiel: don Lauro Cruz Goyenola; y en una importante librería de Montevideo, trabaja un nieto de Agustín Diogo... La historia lugareña le ha dado nombres verdaderos para encarnar a los héroes de su romance novelesco, y todo es tan cierto como aquella madrina del poeta que besaba al ahijado "con sus olores de alhucema y espinillo".

Mucho más pudiera decirse en detalle, de esta "Isla Patrulla" cincelada en prosa de alcurnia. Mas sólo queremos señalar, antes de que concluya este año, la edición conmemorativa de un libro singular, de alto valimiento estético, que en la bibliografía de Pedro Leandro Ipuche, es un florón luminoso. Puede estar ufano de su cosecha "papá Ipuche", el "dios de palo" — como esos de las hornacinas rurales —, en esta hora madura y noble de sus años.

En alguna otra ocasión se lo dijimos "en soneto":

*Ipuche, el de la sien iluminada
por un fulgor de antiguo mediodía,
que otra vez a la tarde sostenía
júbilo y miedo junto a la Quebrada,*

*el de la vida arisca y empinada
que le renace niño cada día,
alzando la palabra todavía
en sus versos con gusto a madrugada.*

*Pecho de luz que desterró a la sombra,
el hombre entero su verdad enseña
dando nombres de amor a lo que nombra.*

*Y un revuelo de pájaros levanta
su escándalo de trinos, cuando sueña
el dios de palo que sonríe y canta.*

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Este añoso ombú de la escuela de Isla Patrulla, era la atalaya desde donde el autor solía contemplar la sierra, mientras escribía el romance.



Estrado que presidió el acto de homenaje en el Ateneo. Junto al Dr. Melchor Pacheco aparece sentada a su derecha su esposa señora doña Sara Alvarez de Pacheco.

CUANDO a Sócrates, ya madurado en filosofía, se le preguntaba por su profesión, quien en la juventud fuera apenas un escultor mediocre, respondía ufano:

—Soy parteador.

Decíalo así, porque ayudaba los partos ideales, los del pensamiento. Sócrates creía haber dado con el calificativo que consideraba más respetable y que correspondía, en la realidad de las cosas, a la persona que realizaba la tarea más humana y benéfica: ayudar a bien nacer.

Nos viene el recuerdo a la mente ante el expresivo homenaje que, por sus bodas de oro con la Medicina, dos generaciones de madres acaban de rendirle al doctor Melchor Pacheco en el Ateneo, homenaje que debe ser tanto más remarcado cuanto que representa un acto de merecida justicia para quien intervino personalmente, durante cincuenta años (y esto se dice pronto), en más de diez mil alumbramientos.

Un poco de historia viene al caso.

La interrogante fuera ésta:

—¿Cómo se formó este eminente obstétrico, o parteador, que hubiera dicho Sócrates, cuyas actividades profesionales se remontan ya al medio siglo?

Una incursión en el tiempo va a resultar provechosa. Por lo demás, lo que vamos a referir constituye un capítulo de historia, tan oportuno como ameno.

*

Hémos aquí: el periodista frente a la figura de actualidad, este caballero que, no obstante contar 76 años, luce silueta juvenil, bien acentuada por el estival atuendo: la clara y nítida camisa sport y el fresco pantalón que, tal en un muchacho, le cae recto y airoso, sin deformación abdominal alguna.

Y ahora la historia:

Empecemos por ver al niño Melchor Pacheco (el nombre trae fuerte evocación histórica), junto a doña Elvira González de Pacheco, la progenitora, tan atenta a su educación. Melchor ve al doctor Lengua entrando en la casa cada vez que hay un enfermo. La figura del doctor Lengua es atrayente: apuesto, sencillo, cuidadoso en el indumento, aunque vistiendo simple traje de saco en una época en que cualquier hombre que se considerara importante se enfundaba en un jacquet burgués. El doctor Lengua (y el niño Pacheco lo advierte), tiene el privilegio de calmar con su sola presencia las mayores angustias que registra su hogar. Siendo un gran cirujano, el doctor Lengua hacía medicina general, al igual que los otros afamados "bisturios" de aquel tiempo, se llamara Mondino, o Lamas, o Pouey, etc. Eran estos profesores, no sólo médicos de las familias, sino que por su amplio conocimiento del ambiente y su claro sentido práctico, llegaban a convertirse en consejeros familiares.

El doctor Lengua, con su considerable bondad y su saber (esto lo intuye bien el chico) ha provocado la admiración del niño. Que cuando salva los estudios primarios y secundarios, ingresa en la Facultad de Medicina instalada en aquel rancio caserón que nosotros conocimos: calles Sarandí y Maciel. El primer año lo componen 26 estudiantes. Pacheco tiene entre los compañeros

a May (J.), a Pelfort, a Nin y Silva, a Alonso, a Artigaveitia, por no citar a algunos de los ahora más notorios.

En ese primer año, hay un anatomista admirable, que ningún discípulo habrá de olvidar: Ernesto Quintela. Y a su lado, un diseccionador que también llegó a merecer la fama: Manuel Albo. Espíritu chacotón (había nacido en Galicia) que repartía con la mayor equidad, evitándole en lo que podía el drama a los novatos, manos y pies, antebrazos y piernas, estómagos y pulmones. ¡Años de coraje, firmeza e ilusión, que no habrán de olvidar nunca los que los vivieron!

*

Pacheco se recibe en 1911. Y en 1912 se va con su esposa a Europa, a ampliar su visión. Su primera hija nace en París, estando un médico asistiendo el parto, tal allí se hacía. Se trataba de un profesor ilustre: el doctor Brandeau.

Vuelto a la patria, el doctor Melchor Pacheco se prodiga en la asistencia: médico del Círculo Católico de Obreros; ayudante del doctor Lengua en la Sala Mateo Vidal del Hospital Maciel, sala en la que se hacía cirugía de mujeres; ayudante del Dr. Boch, en la Sala Padre Ramón, donde se atiende la obstetricia; colabora igualmente con el doctor Pouey, en la Sala Santa Rosa, que es la destinada a ginecología. En esta sala, después, Turenne lo lleva a Jefe de Clínica.

*

El doctor Pacheco no ha olvidado lo que viera en su época de ampliación de estudios en Europa. Y el Uruguay, en materia de obstetricia, está en evidente atraso. Las embarazadas de Montevideo son asistidas, durante el largo proceso normal, por simples parteras. Y así hasta la salida del trance. Siempre actuando las parteras. Las hay, sin duda, competentes, de estimables virtudes. Pero cuando se presenta la complicación, o aparece un caso difícil, es el reclamar la presencia apurada del médico:

—Doctor: lo he hecho venir para que aplique el fórceps.

Este es el caso más frecuente. De 1913 a 1921 —los años en que nuestro amigo actúa de testigo— las cosas corren así. Y he aquí ahora que el doctor Pacheco ha concebido una atrevida idea: la de poner un sanatorio especial para parturientas.

—¡No hagas semejante locura! —le dicen médicos jóvenes, entre ellos algunos ex compañeros del aula. Te pones al nivel de las comadronas. Le quitas importancia a la carrera. ¡Te rebajas!...

Pacheco vacila. ¿Será posible?... ¿Resultará acertado tal enfoque?... Pero están los Lengua, los Turenne, los Pou Orfila y otros experimentados, para alentarlos:

—Un sanatorio de ese tipo sería real-

mente un gran progreso en nuestro medio asistencial.

Un progreso para Montevideo, donde tantos niños se perdían al nacer y donde no pocas madres sucumbían ante una inopinada hemorragia, pues cuando llegaba el médico era tarde. No se podía actuar.

El doctor Pacheco consiguió una casa amplia y alhajó cinco ambientes lo mejor que pudo. Sobre todo, el cuarto para dar a luz.

¡Qué lucha tan seria, ir contra el antecedente y el prejuicio! ¡Sacar a la mujer grávida de su casa! ¡Aceptar la intervención de un hombre en el trance, siendo la costumbre el que actuara una mujer!... Pero al fin apareció en el sanatorio de la avenida Agraciada 2370 la primera paciente: la señora Ema del Campo de Durán Rubio, que dio a luz, con toda felicidad, un varón al que se le dio el nombre que en aquel tiempo tenía más predicamento: Hugo. La señora de Durán Rubio llegó al sanatorio de Pacheco a instancias del doctor Lengua, figura que se había convertido resueltamente en tutelar para el joven médico, metido a innovador.

Era el 15 de febrero cuando el doctor Pacheco abrió su casa de salud, lleno de expectativa y esperanza. Los primeros dos meses fueron críticos, con las enfermeras que había que pagar; con el alquiler y amortización de compras... Había también Hermanas de Caridad mano sobre mano. Y las pacientes no aparecían.

Por fortuna, luego de esos dos meses críticos, vino la reacción. Lenta al principio, franca después... Y ya en 1927, en plena boga, el "Sanatorio Melchor Pacheco" tuvo su edificio propio en la Avenida Agraciada,



El Dr. Melchor Pacheco recibe los saludos de la señora Socorrito Villegas Morales.

frente a la plaza Joaquín Suárez. Y en enero de 1928, se hizo un memorable día de Navidad, congregándose a una chiquellería, la misma que tuvo fácil acceso a la vida gracias a la asistencia coral y magistral de este médico bueno, que el día 11, en un acto que tampoco puede olvidar, homenajearon en el Ateneo los beneficiados y sus madres.

Médico afectivo, que recuerda con nostalgia a los que fueron colaboradores en su sanatorio: Crispo Acosta, Carlos Carlevaro, Ulises Ferreira, Luis Lengua, Pablo Carlevaro, Edoardo Schaffner, Manuel Ambrosioni, Alberto Castro, Alfonso Giampietro y Samuel Rey chessi.

*

Lo que más llama la atención, cuando está frente al doctor Melchor Pacheco, como hemos estado nosotros para esos episodios (cosa bien grata en la vida de los luchadores), es su tranquilidad, la ufana en su ánimo. Es un hombre alegre. Emanando alegría —tan sana como contagiosa— de la satisfacción del deber cumplido, prístino, sin retaceos ni pereza. Dejó el sanatorio (que todo tiene un límite en la vida), y, todavía, con sus tres tercios de siglo rebasados, el doctor Pacheco ante el requerimiento sentimental, deja su buque de sobremesa o salta de la cama, para ir al Sanatorio Americano o al de Impasa, de una madre, de las vinculadas con su asistente al veterano médico, reclama su presencia:

—Quiero que sean siempre sus manos las que reciban a mis hijos.

En lo de mantenerse ágil y eficiente el doctor Melchor Pacheco es un privilegio. Le hemos visto el otro día leer un manuscrito sin lentes, como si la presbicia no fuera una manifestación cuando llegan los cuarenta años. Sus ojos claros se mantienen animados y brillantes como los del muchacho; sus cejas permanecen oscuras, si bien tiene el cabello blanco, lo que da distinción, no hay en él ningún signo de calvicie. La cara tersa, el color rosado.

Frente a este hombre, tan abierto y activo, recordamos la afirmación aguda del psicólogo: cuenta sólo el tiempo que el hombre vive para sí mismo. Las horas que consagran al bien ajeno, esas no dejan de ir clauidante.

¿Cómo no ha de vivir ufano quien sale a la calle y se detiene amistosamente aquí y acullá?... Señoras respetables, le palmean el hombro, damas jóvenes se lo abrazan, muchachas y muchachos que besan... Todo merecido, justo. Que lo que oír al médico cuando habla del nacimiento y el partear, para seguir diciéndolo a manera socrática.

—¡Es lo más grande la vida! —afirma. A favorecer tal santa función supo dar el doctor Pacheco en cuerpo y alma. Cuando pone el acento en ella —ya en trascendencia—, nuestro amigo cambia la expresión. Ha desaparecido la sonrisa jovial que lo caracteriza. Sus palabras se llenan de majestad. Y es curioso: entrevemos ahora matices esenciales de la Vida (con mayúscula) que se nos escaparon hasta cuando a los 28 años, fuimos padres por primera vez. El doctor Pacheco podría ufanarse de habernos comunicado el otro día toda esa honda emoción. Nunca lo de partear tuvo para nosotros tanta dignidad y grandeza.

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



Francisco Xavier Elio en su esplendor de gobernante hispano. (Oleo del pintor valenciano Vicente López).

versario, sus restos fueron exhumados y llevados al Convento de San Agustín, donde se les amortajó con uniforme de gala, condecoraciones y el manto azul de la orden de Carlos III.

También quiso el destino que su rostro quedara momificado. Se aprovechó para cubrir con una capa de alabastro, estucar y colorear la cara, dibujar sus facciones, hasta darle un hálito vital que distinguía detalles de su ceño firme y resuelto.

En ataúd descubierto fue conducido a la catedral, mientras que recibió en el trayecto el homenaje de las fuerzas armadas en ceremonia de expresiva solemnidad.

En 1826, el grabador Tomás Rocafort proyectó el monumento que debía elevarse a su memoria. Se trataba de una base de piedra cuadrada terminada en forma de pirámide, con una gran estrella en la punta. Sobre una cornisa, su busto junto a la figura de una mujer que colocaría sobre su cabeza una corona de laurel. Las obras dieron comienzo en el mismo lugar en que se había erigido su cadalso, pero las variaciones políticas promovieron su suspensión.

Esas mismas circunstancias han perseguido invariablemente a sus restos. Si bien su cuerpo fue trasladado en 1831 a un suntuoso sepulcro en la capilla de la Trinidad, cuatro años más tarde debió ser llevado a la cripta del trascoro, luego del vuelco que



La ilustración de Fernando Marco anima una escena de la bárbara ejecución a garrote a que fue condenado nuestro personaje.

nimamente con otros. Apenas se habría salvado algún resto, que sin seguridad de identificación se conservaría en una pequeña urna.

Mejor suerte han tenido los lienzos con que lo inmortalizara el famoso pintor valenciano Vicente López (el primer retratista hispano después de Goya), que se conservan en la Real Academia de Bellas Artes de la ciudad del Turia.

Un cuarto de siglo atrás, accidentalmente, los obreros que derribaron una pared del

Desventura de la momia en pena. Olvido que destaca su estatua interrumpida e innominada. Dramática síntesis de postrer infortunio.

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)

DESVENTURA DE LA MOMIA Y DEL BUSTO DE ELIO

FRANCISCO Xavier Elio, ex Gobernador de Montevideo, presidente de la Junta de Gobierno propio emanada del Cabildo Abierto del 21 de setiembre de 1808, y último Virrey del Río de la Plata, fue intransigente "empecinado" de la causa monárquico absolutista, que encontró en el señero baluarte.

A su regreso a la península ibérica, luchó como nadie por su rey y por su patria, contra el invasor napoleónico, hasta su doblegamiento. Sobrevino su consagración como Capitán General de los Reinos de Valencia y Murcia, cargo de excepcional jerarquía en la España de su época. Al mismo tiempo que Fernando VII abolía la Constitución de Cádiz y conculcaba arteramente las libertades logradas por su pueblo al unísono con la sangre derramada para rechazar al corso.

Los altibajos subsiguientes de la contienda entre los "serviles" fernandistas (a quienes lógicamente acompañó) y los liberales, le fueron aciagos. La apresurada justicia de sus adversarios políticos, ávidos de paliar las severas represiones efectuadas bajo su gestión, lo condenó a muerte por el bárbaro método del garrote.

Este Suplemento en ilustrada nota dio cuenta en 1936 (Nº 194), de la verificación de esa sentencia. Elio, que no quiso prevalerse de la fuga preparada por sus partidarios, fue previamente degradado, y despojado de sus símbolos militares, por el impresionado y vacilante teniente Mariano Medrano.

Su ejecución ha quedado como ejemplo de serenidad y dominio de sí mismo. Cumplió estrictamente con todas las fórmulas civiles, religiosas y militares del largo ceremonial, obviando los olvidos nerviosos de quienes se aprestaron a ayudarlo.

Subió al patíbulo el 4 de setiembre de 1822 por sus propios medios. El verdugo ató sus manos y lo hizo sentar ante el garrote. Luego de inmovilizar sus pies y brazos, sujetó su cuello con la fatídica argolla.

Con temple de forja heroica y socrática exaltación, formuló con claridad el perdón para todos sus enemigos. La frase hizo vacilar al verdugo, que tuvo que ser sustituido. Su ayudante empuñó el torniquete y dio la postrera media vuelta al vil instrumento que seccionó su medula.

Su cuerpo luego de ser expuesto públicamente, fue conducido al pequeño Cementerio de los Ajusticiados en Carraixet.

La causa que en vida había defendido y representado, habría de convertirlo en uno de sus mártires. Diez meses más tarde advino al poder. Al cumplirse el primer ani-

supuso el advenimiento de sus opositores.

Allí permaneció un siglo olvidado. Hasta que la curiosidad histórica de Hurtado Sanchis y Rico de Estasen lo redescubrieron en 1936. Este último, prestigioso escritor, ha relatado su hallazgo. El cadáver calzaba las altas botas de montar hasta más arriba de las rodillas; vestía el uniforme explicado, del que perduraban en perfecto estado de conservación los entorchados de las bocamangas, los ricos bordados de la casaca fernandina de alto cuello y el manto. En cambio, la hoja de la espada, comida por la humedad, había desaparecido, mientras que la funda y el puño se habían conservado intactos.

Pero sobrevino la guerra civil y a su término se comprobó la desaparición del féretro y del cuerpo. Es de suponer su pérdida definitiva.

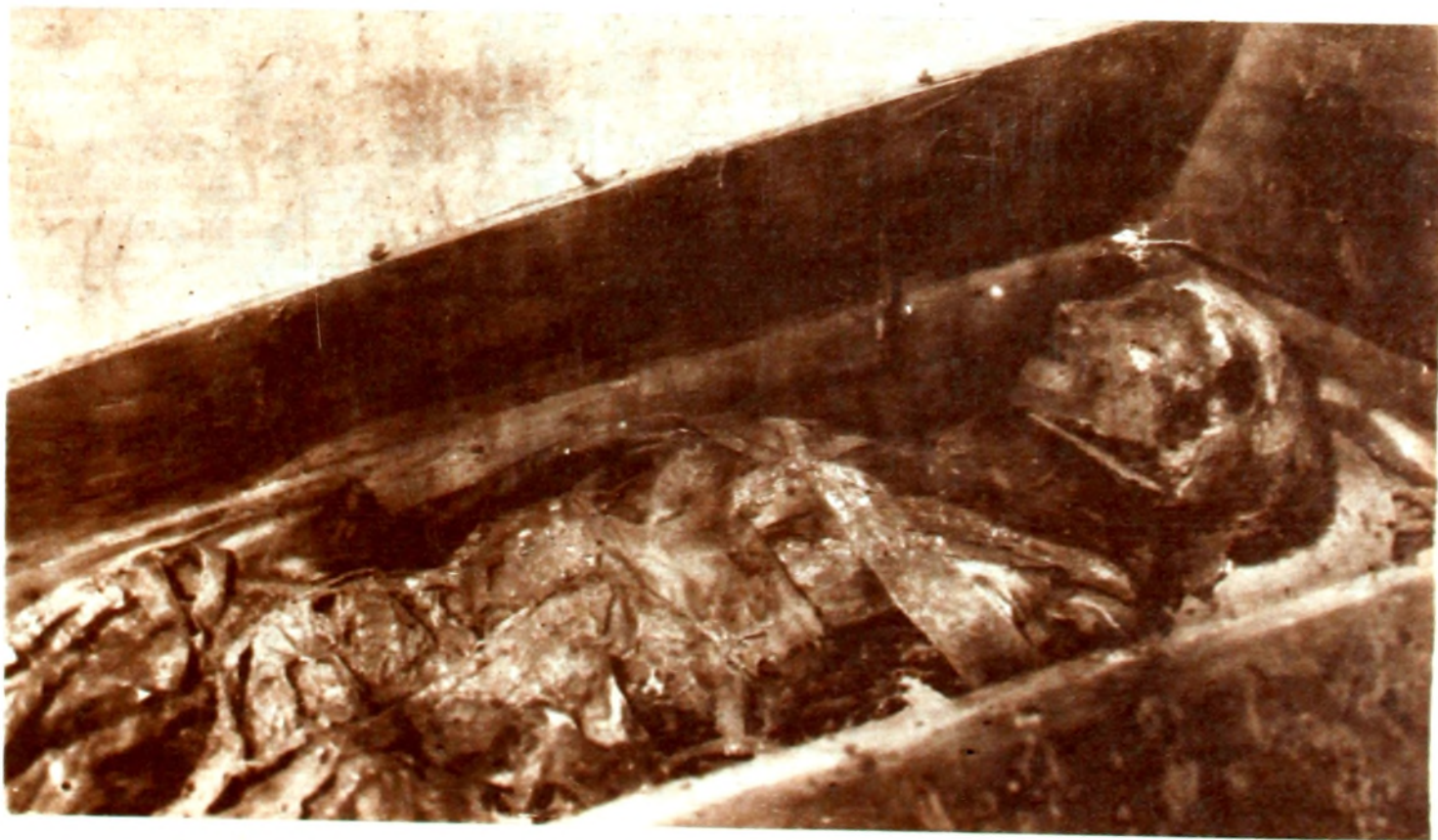
Se ha afirmado que aquel fue destruido y sus despojos, aventados y mezclados anó-

jardín del palacio de la condesa de Ripalda, encontraron empotrado en la pared un busto de mármol fino, bien labrado, que mide un metro treinta centímetros de altura, inconcluso en su terminación. Indudable materialización del personaje pintado por Vicente López, debe tratarse del motivo central del fracasado monumento.

Hace un lustro lo reencontramos en los jardines del Real de Valencia, expuesto a la curiosidad pública, tal como si se tratara de un homenaje al "Oficial desconocido". Ubicado junto a una tapia en un relleno de los taludes que el propio ex gobernante había mandado elevar sobre las ruinas del palacio de los Reyes de Aragón, que por interesante coincidencia el pueblo conoce como "montañitas de Elio". En forma anónima, sin una leyenda que lo identificara y distinguiera. En emplazamiento proclive tan sólo a escondites infantiles y a rondas de enamorados.



La estatua innominada e incompleta de Elio en un recanto del más popular de los paseos valencianos. (Foto del autor).



Momia del General Elio, fotografiada por Rico de Estasen en la cripta de la catedral de Valencia, en la primavera de 1936.

MISTERIO Y SABIDURIA DEL REPOSO: LUGANO



El Monte Salvatore, visto desde Lugano, en Suiza.

ABRO las pesadas cortinas de mi ventana que mira al Lago de Lugano; las luces de la ciudad se escalonan en las laderas de los cerros cubiertos de vegetación. A la derecha, las de un funicular que asciende en línea recta hasta que, de improviso, se tuercen en curvas caprichosas como una víbora que se alza fascinada por el sonido de una flauta. Es la tercera vez que vengo a Lugano; ya comienzo a tener ciudades y lugares que me resultaría imposible no ver en cada viaje a Europa. Debe ser una forma de la amistad. Las ciudades tienen rostro, cuerpo y espíritu, lo que basta para la amistad.

La primera vez estuve al comienzo del verano, la segunda cuando éste promediaba, y la tercera en otoño. Trinidad en el tiempo para una sola ciudad verdadera: la ciudad de la calma crepitante. Como una bella, suave y reposada piel adolescente que siempre guarda la posibilidad cálida de sus venas y arterias; las arterias de esta ciudad van a dar al verde corazón manso de su lago.

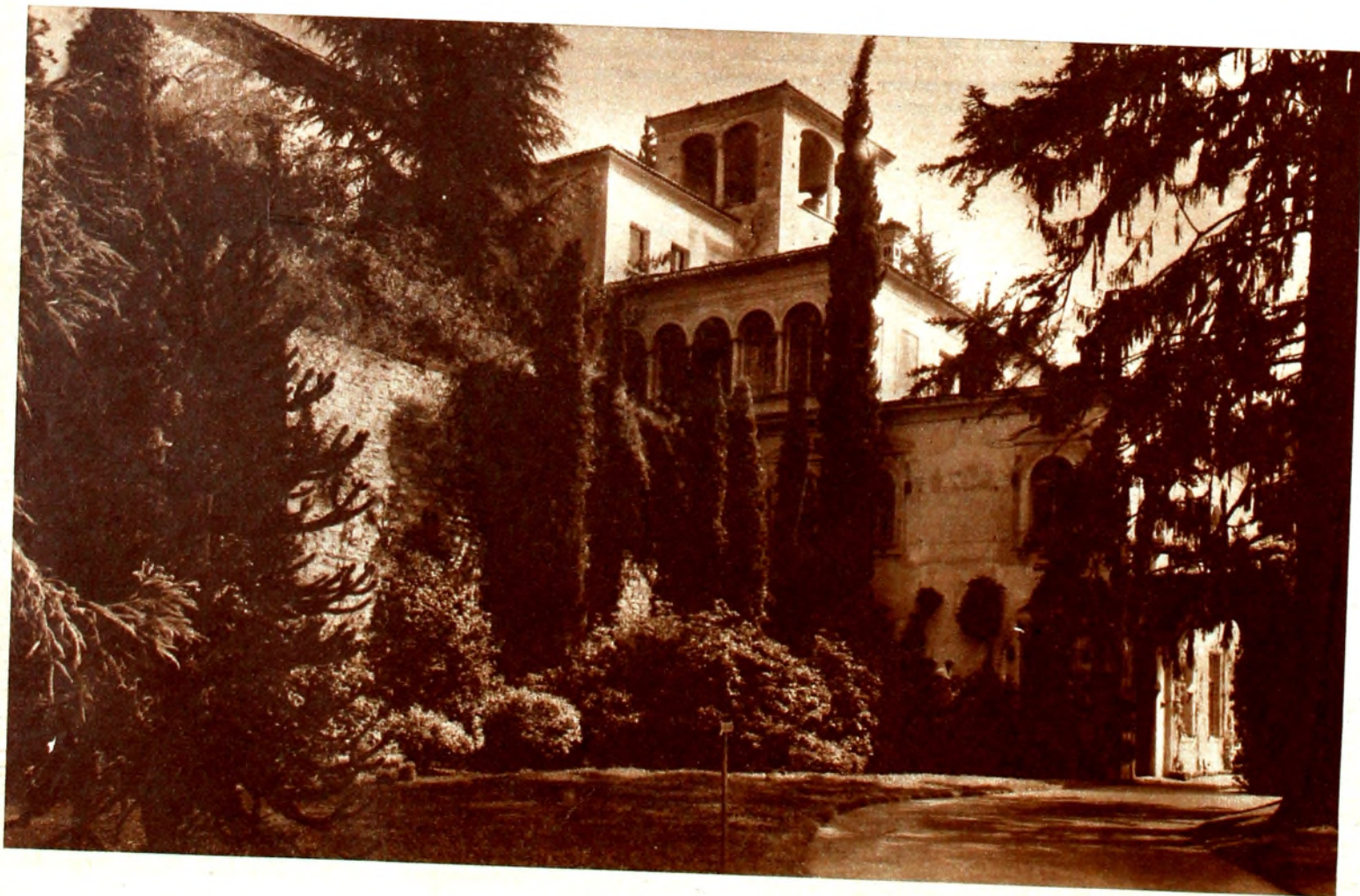
Miro a través de los visillos antes de acostarme. Sé que al clarear el alba, como gustan decir los criollos de pampas y montañas, un resplandor muy tenue, muy leve, tal si atravesara una opalina grisácea o, mejor, como si la luz me llegara indirectamente luego de reflejarse en miríadas de perlas, sé, decía, que sucederá un instante en el que abriré los ojos para ver primero confusamente, luego graduaré y centraré con lentitud la visual. Sin prisa, sobre todo esto, sin prisa. No habrá necesidad de ni siquiera un pestaño, ni sorpresa, pues que ambos son enemigos del reposo. Mi cabeza quedará, a lo más, apoyada sobre la palma de la mano izquierda con el brazo en flexión; en esa pose que las figuras yacentes — más exacto reposantes — de los sarcófagos etruscos han hecho célebre universalmente: la cara vuelta algo hacia arriba, como si se hubiese rascado unos segundos, nada más, la coronilla, que es la forma más clásica de suscitar una modorra placentera. O, si he tenido suerte en esos incontrolables movimientos del durmiente, dejar la cabeza semihundida en el plumón de ganso de la almohada — como los blancos cascos de los barcos que parecen temblar si uno los mira a través del agua del lago — y

ver de qué manera esa densa niebla, al comienzo nos oculta todo, principia mostrarnos los rasgos, las líneas y los volúmenes esenciales — como quieren los cultores de hoy —; a darnos la fantasmagórica radiografía de montañas, árboles, agua y casas. El hombre sólo aparece cuando sea necesario dar razón y escalar las cosas. Un sol tímido delinearé el Monte Bre con su desorientadora silueta semejante a la del Pan de Azúcar. Río de Janeiro. Desde el jardín del Hotel Bristol que da hacia el Lago, me llegará ese perfume de gardenias que los novelistas del comienzo de siglo calificaban de "embriagador"; yo no encuentro adjetivo que mejore el cuadro. Quede aquí, y por qué no, como homenaje a ese tan injustamente olvidado René Boylesve.

Quedarse así, saboreando el paisaje hasta que el mozo traiga el desayuno y lo ubique en la mesita del balcón. Un sol cálido de miel como para colocar sobre las menten renas tostadas.

*

Sentado en un banco de piedra al cual los cipreses dan escolta miro el Lago; me han pedido que olvide cuanto he visto en esa villa italiana que tengo a mis espaldas "Favorita", donde los Thyssen han guardado la prodigiosa colección de obras maestras de pintura y escultura que poseen. Tienen miedo a esos habilísimos ladrones que están saqueando museos y colecciones privadas de Europa. Las hipótesis más curiosas se tejen al respecto y, desde luego, no faltan los "politizados" que señalan a algún misterioso país que está creando su museo más allá de la cortina de acero... Lo cierto es que por este camino las bellas artes han pasado a la página de las noticias policiales y por ella al magín de mucha gente que no tenía la menor idea de quién era Cézanne o Cranach. También ha originado una especie de singular snobismo: el de estar entre los museos o coleccionistas "a la page", a la moda; no ser como esos que ni un ladrón se acuerda de ellos. El presidente del Sindicato de Iniciativas de Basel me decía sonriendo: "Está bien que nuestro Museo de Bellas Artes sea el primero en el mundo que se abrió al público, pero recién ahora respiro; ¡nos han robado un cuadrato de Cranach!".



Entrada a la pinacoteca de "Villa Favorita", en Lugano.



Una de las típicas calles con recuerdos.



Lugano visto desde el parque de Lido.

La colección de los Thyssen, valuada en varios centenares de millones francos suizos, explica que ellos sean unos de los pocos que en Lugano no pueden comprar algo que en el mundo de hoy se torna más difícil de encontrar: la calma, la tranquilidad. La dicha de mirar cómo se deshace la niebla con la cabeza hundida en la almohada.

*

Claro está que no todo es calma y reposo otoñal para gentes en edad otoñal, me digo mientras el barco se aleja del muelle

central rumbo a Campione. Miro esas calles iluminadas cuyos vericuetos con luces o sin ellas ya conozco, esos bares con bastante pimienta de todas las especies que al principio me asombraban y hoy me hacen sonreír cuando muchos me hablan de Suiza como "un sanatorio aburrido". La gente olvida, muy a menudo, que el aburrimiento es una de las cualidades más personales del hombre; que hace falta mucha imaginación para gustar realmente del reposo.

Las luces de Lugano se van desdibujando tras el vidrio esmerilado de la niebla. El

monte San Salvatore con su víbora fascinada desaparece en una curva. Somos un centenar de personas que atraviesa el lago para escuchar el concierto que ofrece la Nuova Orchestra de Camera "Antonio Vivaldi", bajo la dirección de Bruno Amaducci. Pocas veces he escuchado versiones tan admirables como las de los solistas Annalies Gamper, soprano y Fasolis y Sabbadini, en mandolina, en obras de Vivaldi y Pergolesi.

Al regreso, divisamos los altos y multicolores chorros de agua que desde el lago se levantan frente al Casino. Se escucha la

música de un tango; de ese tango que vuelve en Europa y que acaba de tener un triunfo en el célebre baile anual de las *Catherinettes*, las modistillas de París, al derrotar al *rock and roll* y esto pese a la presencia de Johnny Holliday. Boites y bares permanecen iluminados y llenos de juventud. Los otoñales y no pocos jóvenes gozan el reposo, la calma paladeada. Mezclar lo uno y lo otro en la dosis exacta es la sabiduría de Lugano.

Abelardo ARIAS

(Especial para EL DIA)



Vista de algunas de las salas de "Villa Favorita", en Lugano; a la izquierda, un gran cuadro de Carpaccio.

del barrio antiguo de Lugano.

PAVIA

LA CIENCIA Y LA FE



Pavia. — La Cartuja.

JUAN Bautista Vico, el padre de la Filosofía de la Historia, distinguía en el curso de cada civilización tres épocas distintas y sucesivas: la época de los dioses, en que predomina la leyenda; la época de los héroes, en que predomina el individuo; y la época de los hombres, en que predomina el conjunto. Con la época de los hom-

bres la civilización tiende a extinguirse; y, al extinguirse, se une a otra que comienza porque la luz que ilumina un mundo que cae es la misma que ilumina un mundo que nace.

Cae la civilización romana sofocada por la ola bárbara y se une a la civilización medioeval que nace; surge entonces la

nueva época de los dioses y se erigen templos a la nueva divinidad. En Nola, ciudad de la Campania, Paulino inventa los instrumentos para hablar con Dios; y esos instrumentos — a los cuales por el nombre de la región se les llamó “campanas” — harán oír sus voces en la tierra que cubre la romana grandiosidad. Roma había nacido al entrecrochar de las espadas; la nueva civilización nace al tañer de la campana.

En las ciudades, sobre los templos paganos se edifican las iglesias dedicadas al nuevo culto; lejos de las ciudades, a los campamentos romanos situados en lugares estratégicos, cuales piedras miliare de la civilización romana, suceden los conventos, piedras miliare de la expansión cristiana y situados — como los campamentos — en lugares estratégicos y en paisajes encantadores.

Entre Milán y Pavia no hay más que treinta y seis kilómetros, y en ese trecho tan corto aparecen ante los ojos asombrados del viajero dos grandiosos monumentos: la Abadía de Chiaravalle — del Valle Ciaro — a unos cinco kilómetros hacia el Sur de Milán, y la Cartuja de Pavia, a unos siete kilómetros hacia el Norte de esta ciudad; la primera, fundada en el año 1172 por los monjes de la Orden de San Benedito de Norcia, y la segunda, fundada en el año 1396 por Gian Galeazzo Visconti para albergar a los monjes de la Orden de San Bruno y en cumplimiento de un voto hecho por Caterina Visconti, esposa de Gian Galeazzo.

Ambas, la Abadía y la Cartuja, están situadas en lugares sumamente pintorescos de la hermosa campaña lombarda; y si la primera es notable por los tesoros de arte que encierra y por la estupenda torre que se refleja en las aguas tranquilas del río, la segunda constituye uno de los monumentos más bellos de Italia y del mundo porque une en forma armoniosa el Gótico al Renacimiento y porque en ella se resume todo el Arte Lombardo.

Muy poco más de un siglo duró la construcción; comenzada — según dijimos — en el año 1396, fue inaugurada en 1497; doce grandes artistas, desde Amodeo a Bramante y desde Luino a Borgognone, edificaron y decoraron este insigne monumento. La Historia nos transmitió los nombres de todos esos grandes artistas, pero olvidó indicarnos los nombres de los primitivos

constructores del gran canal que corre entre las cercanías de la Cartuja y destinadas a unir Milán con Pavia; canal que, habiendo sido comenzado en el año 1356, o sea treinta y ocho años antes de la iniciación de las obras de la Cartuja, podría ser — diríamos — un hermano mayor de la misma.

Tal vez la causa deba atribuirse a la dominación extranjera cuyo comienzo coincidió con la terminación de las obras de este monumento que el Arte levantó a la dominación extranjera que, unida a la avaricia de los gobernadores que desgobernaban la Lombardia y al uso indebido de los quineros públicos recolectados para la prosecución del canal, determinó el olvido y el abandono de los trabajos.

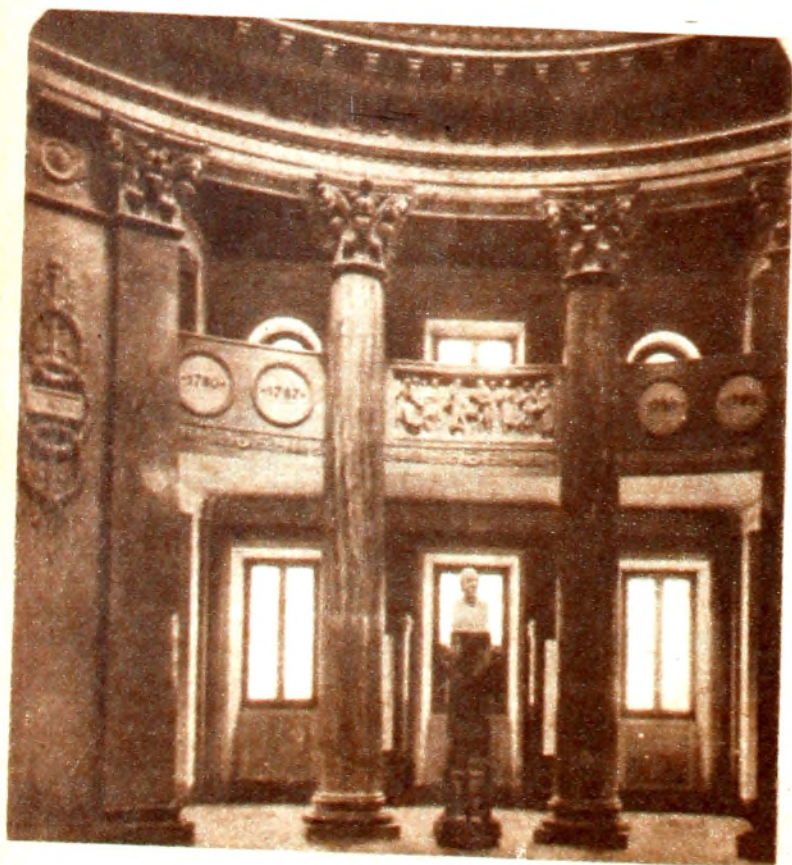
Y para que estos trabajos se reiniciaran fue necesario que transcurrieran trescientos años y que apareciera un decreto perentorio firmado por el emperador Napoleón y emitido por él un año después que habiendo dejado de llamarse Napoleone Buonaparte. El decreto estaba redactado exactamente en los siguientes términos: “El Canal de Milán a Pavia será hecho navegable. Me será presentado el proyecto antes del 1º de Octubre. Las obras serán terminadas en un plazo de ocho años. Mantua, 20 de Junio de 1805”.

Las obras no se terminaron en ocho años porque los acontecimientos políticos obligaron a suspenderlas en el año 1812; pero fueron recomenzadas en 1817, cuando la estrella de Napoleón se había eclipsado, se terminaron completamente en 1819. Tardaron, pues, sin contar la suspensión obligada por las circunstancias, nueve años: un año más de lo calculado por Napoleón.

Y si no existiesen otras pruebas, bastaría ésta para demostrar que la voluntad de un hombre de genio puede realizar en un plazo muy breve lo que otros no son capaces de ejecutar en trescientos años.

El Canal de Pavia permite la navegación entre esta ciudad y Milán; y, como desde Pavia se navega por vía fluvial siguiendo el curso del río Tesino y del Po hasta Chioggia, en la costa del Adriático, quiere decir que gracias al decreto de Napoleón las embarcaciones llegan desde el Adriático hasta Milán, cuya dársena tiene un tráfico anual de un millón de toneladas.

Es natural que el tráfico entre Pavia y el Adriático llega a un tonelaje mucho mayor, ya que en ciertos puntos — por ejemplo —



El templo de Volta, en Como.



Año 1801. — En la Universidad de Pavia, Volta explica a Bonaparte el funcionamiento de la pila.

Este de Cremona— alcanza a cinco toneladas anuales. Paso, recordaremos que el trayecto indicado entre Pavia y el Adriático fue el que recorrió y describió con amor incomparable Carlos Goldoni a la edad de diez y ocho años y a una malhadada sátira dedicada por él a las jovencitas de Pavia, debió marcar los estudios que había iniciado en aquella Universidad para terminarlos en la de Padua.

Verdadera Universidad, la Universidad de Pavia, fundada en el año 1361, ella es la cuna del Canal; pero, más afortunada que el Canal, pudo continuar a desarrollar su acción benéfica aun durante la dominación extranjera. Tan es así que en la época más álgida de aquella dominación, exactamente el 23 de junio de 1622— lugar en aquel Templo de la Ciencia el primer descubrimiento de la Fisiología humana: uno de sus profesores, Aselli, descubrió la existencia y la función de los vasos biliares.



Juan Bautista Vico.

En el siglo siguiente, José II, el emperador de Austria que imperaba también en Italia, inaugura los Cursos de la Universidad con las palabras famosas: "Verdad que yo no quiero que de aquí salgan hombres sabios, sino hombres útiles a mí, a mi casa y a mis principios". Y casi para contradecir esta advertencia del emperador, Lázaro Spallanzani, Profesor y Director del Museo de Historia Natural, publica sus obras con el título "*Opera Physica Animale e Vegetale*" en las cuales se sabe si admirar más la novedad de los métodos empleados, el valor de los experimentos peligrosos, o los resultados obtenidos. Y a estas obras se agrega otra que tiene por título "*Experimenta sobre los animalículos de Infusión*" en la cual—un siglo antes de Pasteur— Spallanzani demuestra con pruebas originales y contundentes a sus adversarios—el inglés Needham y el francés Buffon— la inexistencia de la generación espontánea.

En la Época de los Héroes que comenzó en el Renacimiento, y como si en la Universidad de Pavia la estirpe de gigantes del intelecto no quisiera extinguirse, cuando Lázaro Spallanzani deja de vivir en 1799, allí ocupa la Cátedra de Física Alejandro Volta.

Como se recordará, mientras Galvani experimentaba en la Universidad de Bolonia, y mientras el primero exponía sus ideas sobre la electricidad muscular en una obra que tiene por título "*De viribus electricitatis in motu musculari*"—de la fuerza eléctrica en el movimiento muscular— Volta continuaba sus experiencias que "*a fines de 1799*"—escribía— "*fui un nuevo aparato que llamé ELEC-MOTOR, y que mis antiguos experimentos no me habían permitido descubrir*". Este es el nombre que dio Volta al instrumento de su invención: lo llamó *electro-motor*; la posteridad lo llamó *pila eléctrica*; en embargo, el nombre de electro-motor



La Abadía de Chiaravalle.

indica con más propiedad el objeto a que estaba destinado: el de producir corriente eléctrica, algo nuevo e insospechado hasta entonces: electricidad en movimiento. Hemos dicho en otra oportunidad que al terminar el siglo XVIII la cultura se transforma en civilización: el movimiento, la dinámica, caracterizan la civilización; a la electricidad estática sucede, con el invento de Volta, la Era de la electricidad dinámica.

En la Universidad de Pavia puede admirarse el "Aula de Volta" donde se conservan los aparatos que utilizó en sus experiencias; a esta Universidad pertenece la gloria de haber proporcionado al genio los medios para donar a la humanidad la pila eléctrica, la primera fuente de corriente

eléctrica y el instrumento más maravilloso que pudo disponer la Física.

Y como hemos partido de dos templos—la Abadía y la Cartuja— que erigió la Fe de la Edad Media, recordamos que en el otro extremo de la Lombardía, en la ciudad de Como donde nació Alejandro Volta, la Edad Moderna ha erigido otro templo en honor de su ilustre hijo. Una gran aula circular cubierta con una cúpula hemisférica conserva los manuscritos y los aparatos inventados por Volta. Sobre un estipite monolítico, entre dos columnas, está la herma del sabio: es el *genius loci*— el genio del lugar.

La luz entra en el aula por los ventanales y por la parte superior de la cúpula.

En el ocaso, cuando el sol incendia las cumbres de las montañas entre caprichosos contrastes de nubes, y las aguas del Lago de Como se reflejan y se refractan en los ventanales, el brillo de los mármoles de las columnas y de los mosaicos del pavimento ilumina de nueva vida la frente pensativa del Genio.

Y en el pronao del templo dos estatuas, la Ciencia y la Fe, se encienden a los resplandores del sol que se oculta detrás de las cumbres.

Ing^o Enrique CHIANCONE.

(Especial para EL DIA).

CERTAMEN DE CANTO EN EL MANSO

EN la espesa selva del arroyo Manso vivía un gran pueblo. Razas distintas lo constituían, pero era un pueblo feliz; el hombre aún no había pasado las fronteras de su verde república. Cuando un gato bagual asolaba el nido de tal gallineta, o un halcón mataba la prole de tal urraca, la paz no se alteraba; simplemente, sin comentarios, se cumplía la ley. Un ñacurutú viejo presidía las juntas de los alados, un lobo las de los nadadores, y un burro —escapado de cierta estancia lejana— las del resto del bichero. Este burro había sido adoptado por la soberanía. Los pobladores del Manso maliciaban que sabía un punto más que el diablo por el contacto tenido con el hombre. A veces se le insinuaba eso. Pero él, muy diplomáticamente, decía:

—¿Soy malo?
—No señor.
—¿Soy ruin?
—No señor.
—¿Soy ordinario por andar de se me busque?
—No señor.
—Pues si no soy nada de eso, nada aprendí del hombre.

Y ahí nomás cortaba. Bien. Atardecía en el Manso —hora en que las pasiones se endulzan—. Un grupo de cotorras viejas tejía una charla muy espesa con cuatro o cinco ventereas. Era sobre el canto.

—Lo que es a mí —decía una verdosa— con la música del jilguero me alcanza y entodavía me sobra.

—Decir eso es decir una enormidad —retrucaba una yentevea—. ¿Ande deja la calandria, ande coloca al cardenal, ande pone al boyero? Mire, comadre, que oír un solo son a lo largo empacha...

Y la cosa seguía. El ñacurutú, que dormitaba —aún no había llegado la noche— terció de mal humor: —¡Corten, canejo, o vamos a llegar ande después tenga yo que hacer de autoridad! Miren: pa no hablar más, vamos a hacer una votación, asina se acaban los dimes y diretes.

Al otro día ya el ambiente estaba alborotadísimo. Comenzaron a caldearse las opiniones, se formaron grupos, se extendió el chisme. Formose un jurado: el ñacurutú, un carancho, que no tenía amistad con nadie —ese fue el motivo principal de su elección— y una paloma, en consideración a su serena bondad. Y llegó el día del certamen...

A las diez de una esplendente mañana de marzo con imponente solemnidad se ubicó el Jurado. Era una enorme abra. Al fondo de ella espejaban las aguas del Manso. Todo el pueblo de la selva estaba allí presente, la palpitación de aquella asamblea era impresio-

nante. Hasta que la voz gutural del jefe tendió un profundo silencio sobre el bullicio.

—¡Güeno! —sus ojos destellaban, pero sosegadamente—. Se va a comenzar la penca, como quien dice, aunque los trillos estén en el aire y los fletes sean música. Vamos a ver, pues: ¡el número uno, anotao ante la autoridad competente, que somos nosotros tres!

Medio cortado, un cardenal anciano avanzó hacia el centro. De tiro llevaba un cardenal joven.

—Aquí traigo —expresó— este nieto pa que haga lo que pueda...

El mozo empezó a sonar sus cuerdas agudas y sus cuerdas graves, iniciando una cadencia mansa, casi melancólica, que cortó bruscamente un torrente de apoyaturas y mordentes tan incisivos como armoniosos. No pudo terminar; se vino abajo aquello.

—¡Eso sí, son variaciones —clamó un chimango— oración y diana, canejol!

El ñacurutú observaba placidamente aquel inusitado entusiasmo de su pueblo, con sus motas de vanidad, pues a él se le debía el certamen. Al fin habló:

—¡Silencio! Don Cardenal: le aprieto la mano por su nieto...

El corazón de la paloma se fue aquetando, pues se había alterado por lo que el cantor había expresado tan magistralmente.

—¡Pase el número dos! Apareció un sabiá, de pluma requemada; ya había rebasado la madurez. Dijo, dirigiéndose al Jurado:

—Señores jefes: semo-muy muchos de familia y tuitos hemos sido y semos cantores. Pa nosotros la música es una necesidad, un desahogo y un festejo... Peto viá cortar el chorro, que si viá explicar lo que

por nuestro canto nos ha hecho el hombre... Ahí están muchos de nosotros enjaulados en las estancias y cantando entodavía... Yo me he acercao alguna vez a oírlos, ¡y he salido con el alma hecha miñangos!

(Corrió por el concurso un intenso dolor.)

—Pero no he venido a soltar lamentos, señores jefes, sino a presentar este sobriño, que va despuntando entre los güenos de mi raza.

El mozo estaba al parecer muy cohibido, se dio en sacudir las patas, en rayar el plan del tronco partido que servía de estrado. La paloma habló:

—Empiece, m'hijo, no se achique... Hágalo cuando menos por su tío que con tanta fe lo ha presentao...

Comenzó a acomodar la garganta el concursante, lanzó al aire una nota dulcísima, luego un silencio, siguió con otra nota más grave y al poco rato una maravillosa melodía inundó el abra. Cuando calló y miró azorado a los cuatro vientos, se estremeció la tierra. Un cháiá vociferó:

—¡No hay emparde pa este muchacho! ¡Gran siete. me ha sacudido tuitos los resortes!

Fue un trueno la salva que se le hizo al sabiá.

—¡A ver, el número tres!

—gritó el lechuzón viejo, va alterada el alma.

Cuando apareció la jilguera hubo como una sombra

de piedad. Pequeñita, perdida en su modesto vestido y ante el triunfal canto del sabiá, en verdad inspirada lástima. Pero al lado de ella impávido, saltaba un cabex negro, luciendo gallardamente el oro de su plumaje con el orgullo de un elegido. La jilguera habló:

—Cante, m'hijo...

Hinchó el pecho éste y explotó un raudal de trinos tan intensamente esplendoroso, que en la asamblea se elevó un clamor de voces y de alaridos. Una de las cotorras se desmayó y la paloma del Jurado se fue en lágrimas. El propio carancho, que hasta entonces se había conservado inmóvil y enmudo, soltó un graznido seco y tajante. Y eso se estaba cuando el ñacurutú levantó la voz:

—¡Dispués de esto crea que habrá que cortar la fiesta! No sé si habrá otro que se anime...

—¡Yo me borro! —gritó un chingolo.

—¡Y yo lo mismo, que soy el siete! —murmuró un boyero.

Entonces, rebasando el estruendoso vocerío se escucharon estas palabras:

—¡Pero yo no, que me tocó el ocho!

En tres saltos estuvo ante el Jurado una pirincha ya veterana. A su lado llevaba un tordito rutilando relumbres azulados sobre su traje negro. Alguien gritó:

—¡Juera, Pirincha, ese no es de tu familia!

Se irguió la doña y testó: —¿Estamos aquí pa tar de parentelas o de caboto? En mi casa una tonta me dejó este regalo. Yo crié como los míos, igual a ellos...

El tordito intervino: —Asujete, mama. —Y

dirigió al Jurado. —Sa-rán, señores comandantes que no sé si por una ley o por mala entraña, las torres no se dan en criar sus hijos. Pa mí es algo muy fiero cavilar en esto. Esta pirincha me amparó, no me dejó morir, me cuidó y me crió aunque siempre me vio más negro que una pena. Y colegí que tenía cuerdas muy finas pa tocar... y a lo largo, cortao de tuitos, tejió cantos: uno pa agradecer la que me crió sin tener que hacerlo; otro pa reprochar la que no lo hizo, teniendo que hacerlo. Esta pirincha pa mí es más que una madre, señores comandantes. ¡Y basta!

Ruano. Cuando se apagó el estremecedor torrente de armonía que brotó ardentemente del pecho del toro, cuando murió aquella partitura jamás oída, con sus acentos trágicos de honores amargura, y sus largos penesagramas cuajados de ternura y de amor, cayó sobre el abra un imponente callar. Pero poco a poco, gradualmente, ese callar se fue punteando de hipos, de ahogos y de sollozos, hasta que al fin el delirio se abrió sonoramente en el abra de la selva del Manso. Ñacurutú y Carancho quedaron como agobiados bajo la mágica explosión del tordo, la paloma rompió a llorar histéricamente...

Una hora después, sosegado ambiente y espíritus, el lechuzón dijo:

—Señoras, señoritas y caballeros: el tordito, asigún lo conversao con mis comandantes, se lleva el premio...

Y aquí fue cuando intervino don Jeromildo (que era como se llamaba el burro).

—Con su permiso, don Dos de Oros (el ñacurutú), viá tener que decir algo...

—Hable nomás.

—El premio no pue ser pal tordito. No hay cosa que pague su canto... porque pasó de canto. El premio se ha de partir en dos: una mita pa la torda, la otra pa la pirincha. (Y aquí levantó don Jeromildo la voz, que vibró avasalladora sobre la reunión!) ¡Que la torda sepa y sienta la razón del hijo que dejó tirao; que la pirincha sepa y sienta la virtud de su trabajo y de su proximidad en el canto del que crió! ¡Ese premio tiene que hacerles saber eso, tuitos los días, en tuitas las horas!

Dos o tres meses después, dormitando el burro su siesta temprana, sintió que sobre él charlaba un pajarero. Una hornera decía:

—Ese fallo de don Jeromildo jue cosa aprendida entre los hombres...

Y la cosa siguió hasta que don Jeromildo habló fuerte:

—¿El hombre? El hombre no hubiera dicho lo que yo dije, y menos hecho lo que hizo el tordito... ¡Y cierran el pico que quiero seguir sestando!

José MONEGAL

(Dibujo del autor)
(Especial para EL DIA)



"Jockey Club" Autos
de
CAUSSI
Bodas

Arenal Grande entre RIVERA y LAVALLEJA

Tels.: 40 11 36 - 40 11 37

POSTALES
EL MEJOR SURTIDO: NACIONALES-ARGENTINAS
ESPAÑOLAS-FRANCESAS-ALEMANAS-INGLESAS
AMERICANAS ETC.

LIBROS
EXTRAORDINARIOS PARA REGALOS - PREMIOS -
VACACIONES - VISITENOS! LE AYUDAREMOS
EN SU ELECCIÓN - AL INTERIOR ENVIAMOS CATALOGO
EXPOSICION - ENTRADA LIBRE

feria del libro
todos los libros y más libros
18 de JULIO 1308
Una buena librería para toda la República

SU historia comienza con el nacimiento del pueblo de Oribe. Antes de existir, ya había en la Calle Real y de la Iglesia, un "almacén de marina", en el que podía adquirirse remos, botes, anzuelos, palangres, cuerdas embreadas, palos de urunday y la pacho para las velas andariegas. No cabían en él más que la aventura del mar y la emoción de la pesca.

De tener ojos humanos, sus paredes no hubieran apresado sino candidas escenas de pueblo recién nacido. Otra fue la realidad, sin embargo. Frente a su puerta partida y cuarterones salientes, en 1851 se degolló a Don Indio y en 1858 a Sandalio Ximénez. Al primero, sus compinches del matadero federal, le hicieron sentir trágicamente su repudio por la flaqueza que tuvo años atrás al despenar a Dubrocas.

Al otro le partió la carótida el negro V. Inza, sacándolo del Colegio, en cuya cárcel se hallaba entre los escasos sobrevivientes de Quinteros, por el delito de haber sido criado en casa de Juan Carlos Gómez. Ximénez hubo de jugar con Vilaza su última partida y la perdió en la esquina donde más tarde se instaló este café.



Angelito



Don José



Sabiotti el último apuntador del viejo café

EL MAS VIEJO CAFE DE LA UNION

Así fue pasando este inocente almacén marinero su primer cuarto de siglo, entre mezclando limpias estampas de cielo y con tremendas visiones de guerra inclemente.

Pero un día de 1868 Rizardini, peninsular de cuya pupila no podía caer la imagen de la góndola en que naciera, desalojó al viejo almacén y en su local estableció el "Restaurant Veneciano", que tuvo corta vida: antes de un año las campanas de San Agustín tocaron a rebato anunciando su incendio.

Al año siguiente, sobre sus ruinas ennegrecidas, Rizardini y Queco Guelfi fundaron aquí "La Liguria".

Muchos nombres caben en esta primera época de la casa — 1869 - 1914 —: Rizardini, Guelfi, Domingo De Marco que más tarde habría de alumbrar "La Americana", Ferrari, Juan Perrone, Tramontano, Héctor Ramella, Talo Rodríguez, Dutra, Penarri y Morteiro.

Siempre estuvo aquí "La Liguria", salvo la escapada de 1905 de Tramontano y Ramella hasta el local que ocupa la farmacia Paladino.

Y la de 1910, al cruzar la calle con Panario y Morteiro, al mismo local que ocupó "La Bomba", de triste memoria.

No hay episodio, por inverosímil que parezca, que no se haya producido entre sus cuatro paredes, desde que Domingo De Marco entró al local con el baúl transatlántico desde sus tierras ligúricas. Ingresó a la casa el 28 de noviembre de 1870, en plena revolución de Aparicio contra el gobierno de don Lorenzo Batlle. Y lo hizo con tan buen pie, que al día siguiente se libró en nuestro pueblo la batalla de la Unión, que dejó un saldo de doscientos muertos.

Pero su trágico nacimiento no le impidió

cumplir una existencia larga, plácida y pintoresca.

Conoció la prepotencia del comandante Toledo, que entraba al salón a caballo y a caballo empujaba su farol de caña, rompiendo luego contra el suelo el vaso que no pagaba nunca.

Conoció la diaria partida de truco de aquellos cuatro artesanos de la Restauración que rodeaban por la noche siempre la misma mesa bajo la que dormía — estufa y alfombra — el viejo carnero de Pedro Letra.

Conoció las partidas de ajedrez del coronel Calo y Juanicó, iniciadas siempre bajo el signo de la más exquisita cortesía, pero que terminaron definitivamente, con el tablero encuadrando la cabeza de uno de los jugadores, la noche que a éste se le ocurrió tomarle al otro la reina sin previo aviso.

Conoció las rabiets del comisario Márquez, las apostólicas filípicas de Roncadera, los versos de Agustín Anza, ilustre antecesor de Angelito, que jerarquizó a nuestro pueblo en admirable cuarteta que encierra toda la idiosincrasia local:

*"Unión cubierta de hechizos
que simboliza virtud
si en ella nacimos guisos
no tienes la culpa tú"*

Y esta otra que denunciaba el hobby de Anza por la ú acentuada:

*"Manes de Lepanto,
heroica Paysandú:
hasta ti me levanto
para cantarte a tú"*

Después de cuyo esfuerzo y previo un modesto gargarismo con legítima de La Habana, buscaba el poeta el camino de la Barcelona, para iniciar en ella su diaria elaboración de azufre en barras.

Fue tan humilde la iniciación de esta etapa, que la casa no contaba entonces sino con un mozo durante el día y otro durante la noche.

¡Pero qué mozos!...

Hay que recordar la diplomacia del cabezón González, cuya memoria era formidable. Cliente que faltara tres días no escapaba al siguiente de enfrentarse con González, que lo esperaba con el índice en la sien derecha, entrecerrados los ojos, como luchando con la duda que parecía molestarlo.

— Usted me debe un café — le decía

Casi nunca existía la deuda y a veces debía aflojar González, cuya disculpa inmediata cobraba acentos conmovedores. Siempre se dijo que era pariente de aquel mozo del Santa Tecla, que solía apuntarle un cortado a todo cliente que pasaba por la acera del cuartel.

Después apareció Ximeno, mozo veterano, bonachón y despierto para reprimir y contener a tantos clientes jóvenes, dispuestos siempre a relajar el correcto orden de la casa que contó pronto con cinco mesas de billar, ajedrez, dominó, naipes y llegó a reunir hasta treinta.

Cubillas se cortaba el pelo, por lo que le llamaban escobilla. Escobillón, le bramó un día Mayita, cuando quiso cobrarle tres cafés que no debía.

Cabanas debía ser andaluz. Sumando los años que aseguraba haber servido en otras casas, se llegaba a los 80. Y él tenía 36...

¡Y Bernardo!...

Bernardo, que cuando le embrollaban un café o le pagaban un té con un peso, le dirigía entre dientes al atrevido un feroz rosario de malas palabras, dignas de Martincito cuando le gritaban pisagüevos.

Con toda humildad le rogaba al cliente

le tradujese eso que le masticaban por lo bajo, y Bernardo respondía:

— Estoy hablando conmigo y a usted no le interesa lo que me digo cuando me hablo.

Mejor que no entendiera.

Alguna vez se vio en aprietos, pero cuando lo amenazaban con golpearle, invitaba al agresor a que trajese armas. Las trompadas eran para la chusma; él usaba cuchillo corto, pero no quería ventajear a nadie...

Los versos de Angelito lo enfurecían. El poeta está siempre dispuesto a recitarlos, pero no lo hace cuando están en "La Liguria" mis cinco hijos, porque yo no quiero que me pierdan el respeto...

La última vez que vi a Bernardo fue en 1940, cuando sin conocer su color político cometí la imprudencia de solicitarle su voto para Berreta. Me lo prometió solemnemente. Pero cuando dejé la mesa hasta donde lo había cercado con Pedrito por temor a que me fallara, alcancé a verle en el forro del sombrero un retrato de Luis Alberto, a tiempo que me decía con una fugaz risita oxidada:

— ¿Está contento?

No he vuelto a verlo.

De lo contrario, estas últimas líneas habrían sido escritas en latín.

*

Filippini y Scaltritti eran dos moralistas cuando hace cuarenta y cinco años abrieron esta casa.

— Aquí no va a haber nada de juegos!...

Don José agregaba:

— Es que este café es para caballeros... Preferimos perder plata y no principios... Bla, bla, bla...

Pero la realidad tiene cara de hereje. Jugábamos toda la noche al ajedrez y tomábamos un café, de cinco centésimos. Trenzabanse otros al dominó varias horas y se servían un café. Cuatro reales la hora de billar y un café para el apuntador.

Hubo días buenos en que la caja cerró con doce pesos.

Por aquel tiempo don José se peinaba para atrás, pero nervioso como es, iba quedándose como ahora, de pura rabia, mientras el socio lo consolaba con frases folklóricas:

— No te hagas mala sangre... Ya vendrán tiempos mejores...

Pero un buen día llegó hasta ellos don Vicente Rvera, representante del cacao Bendorf en Montevideo y les abrió los ojos:

— Ustedes no pueden seguir así. Parece mentira: den barajas, permitan el "gofa", saquen jugo a la sagrada afición de los muchachos.

Los primos se miraron sin hablar... y aflojaron.

Pero el sobreviviente, utilizando las mismas palabras que se tragaba Bernardo, juró venganza.

— Algún día yo haré una Liguria de verdad y a mi antojo.

Esa Liguria es ésta, que según la sagrada opinión de Alciatury, empezó realmente a progresar, cuando el Rotary decidió tomar bajo su protección el salón de fiestas...

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)



El petiso



Marcelino de Gracia Ribeyro y Obes.



Araujito, torero que instaló en la Unión un puesto de verduras.



Borde abrupto de la sierra Aceguá, contrastando con los terrenos llanos de las vecindades.



Cono de recepción torrencial con monte bajo y matorral serrano.

La carretera que va de Melo a la localidad de Aceguá, ubicada en la frontera uruguayo-brasileña, construida con escasos rodéos, muestra en sus desmontes algo de la curiosa estratigrafía de los terrenos gondwánicos del Nordeste del país. En el punto más elevado del trayecto, situado prácticamente sobre la divisoria de aguas de la Cuchilla Grande, el nombre de Buena Vista, aplicado a una localidad y a los estratos geológicos superiores, expresa gráficamente

que desde allí se distingue un paisaje amplio del departamento de Cerro Largo.

Hasta cerca de Buena Vista se alarga el arroyo Sauce del Conventos, que bordea insistentemente la carretera, trazando curiosos bucles, orientado hacia el Sur, y marginado en la zona de la cuchilla antes mencionada, por espectaculares escarpas cubiertas de pasturas, y finalmente decoradas por "sheep-paths" (senderos trazados por las ovejas) que dan a las laderas una estructura ligera-

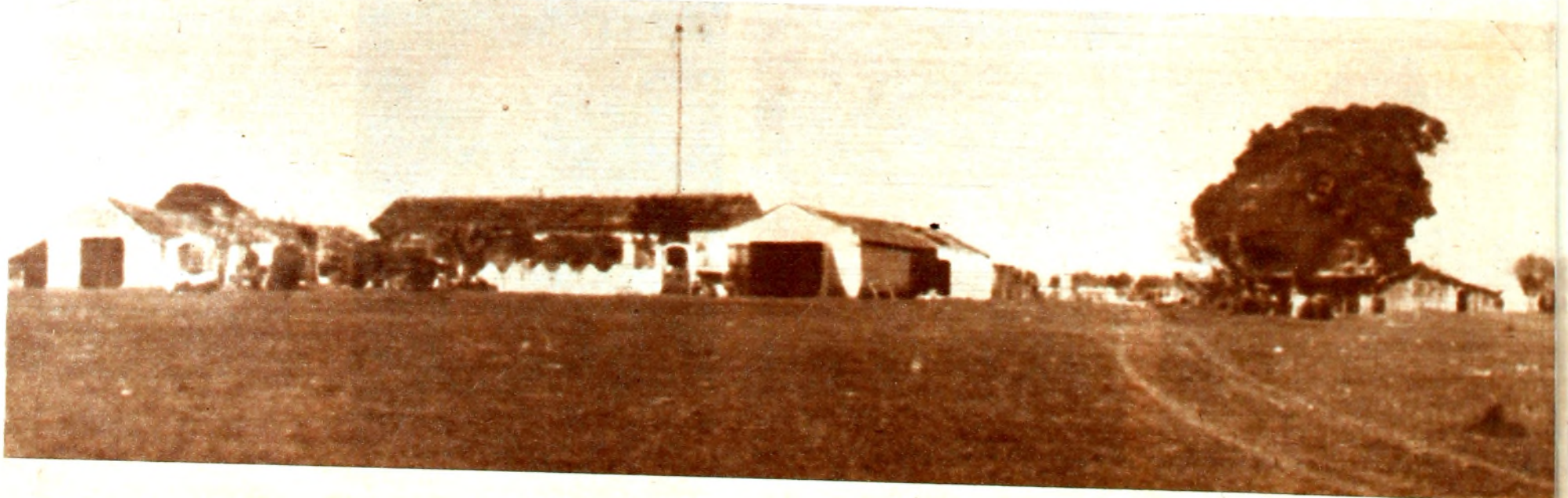
SIERRA DE ACEGUÁ

mente escalonada, determinada en parte por la presencia de la sucesión de estratos, que el pisoteo de los ovinos no hace más que destacar.

Después de la cuchilla, el terreno baja nuevamente, pero esta vez para fundirse con la curiosa depresión aplanada, y en gran parte anegadiza, correspondiente a los bañados y cañada de Aceguá, corriendo esta última con dificultad hacia el río Negro, abriéndose paso por entre vastos pajonales, lagunillas y bucles abandonados, donde anidan gran cantidad de aves acuáticas y se ocultan otras especies faunísticas. Hacia el Este, y tras de una separación insignificante marcada por una divisoria de aguas poco destacada, se extienden los bañados de la cañada de los Burros, orientada hacia el Yaguarón, tributario de la Laguna Merín. Es posible que ambas zonas llanas y anegadizas hayan guardado una relación más estrecha en otras épocas, y tal vez una corriente de agua de cierta categoría correría hacia el actual valle del Yaguarón, procedente del Oeste (podría haber sido el curso superior del río Negro, orientado hoy hacia el río Uruguay, aunque esta es una mera hipótesis). En las inmediaciones de Isidoro Noblia, poblado ubicado en plena llanura anegadiza, un ramal de la carretera nos aproxima a la Sierra de Aceguá, que se levanta bruscamente a lo largo del borde Norte de los bañados antes citados. Hay en toda esta región una toponimia que evoca el tipo de vegetación dominante: cañadas de Pajas Blancas (se refiere este nombre a

los pajonales de penacho), de las Cañadas Ceibal, del Sarandí, del Sauce, denominaciones que nos dicen que se trata de poca tación hidrófila principalmente. Otros nombres como cañada Pantanosa, destacan por su carácter anegadizo de la zona, pero la depresión cañada Honda, indica además que existen arroyos que ofrecen obstáculos importantes para el cruce, hecho que ya ha sido destacado por O. Araújo hace ya bastante tiempo. Llama la atención el material arenoso que ocupa estos bañados, siendo los suelos relativamente ácidos, notándose en las pasturas pobreza en leguminosas.

La Sierra de Aceguá, constituida por rocas cristalinas que forman un promontorio que desde el Brasil se adentra en nuestro territorio, se destaca en el paisaje nítidamente, en contraste con los terrenos llanos que la marginan por el Sur y el Oeste. El afloramiento de rocas cristalinas aparece en el Noroeste en el Cerro Carpintería, inmediatamente al río Negro, y después de éste las zonas onduladas y serranas de Vichadero y Cerro Blancos (Rivera), corresponden a una continuación hacia el Oeste de esta serie de afloramientos de los Brasilides. La geología se complica bastante al comprobarse que en torno de la Sierra de Aceguá, los terrenos sedimentarios que cubren el basamento cristalino, aparecen dislocados, y han sido desplazados por fallas, pronunciándose éstas en el borde Noroeste de la sierra, donde las escarpas ya muy modeladas por la obra de la erosión milenaria, se destacan por sus formas abruptas, constituyendo un espe-



Estancia en los campos ondulados próximos a la sierra.



Campos alomados próximos al borde sur de la sierra Aceguá, con chirca y mio-mío.

táculo local majestuoso. El río Negro se desliza entre bañados, orillas indecisas, terrenos donde abundan los ceibos y sarandíes y donde dominan los pajonales; lagunas pobladas de camalotes y de otras plantas acuáticas (*Thalia*, *Hydrocleis*, etc.), pero también el río corta los terrenos gondwánicos permocarboníferos. Parte de estos suelos anegadizos, resulta intransitable en la época de las lluvias, y constituyen importantes refugios de la fauna autóctona.

Las laderas empinadas de la Sierra de Aceguá que miran hacia el Oeste, ofrecen algunos valles profundos, de donde salen arroyuelos torrenciales que posteriormente se hacen lentos y difusos al entrar en la zona anegadiza. Algunos llevan nombres que destacan la presencia de vegetación serrana: Aruera, Coronilla, etc. Las laderas serranas tienen en general poco monte, ya que éste se refugia en los valles y hondonadas; están pobladas de matorral bajo, el que ocupa los espacios comprendidos entre multitud de bloques redondeados por meteorización; resulta curiosa la presencia en estas laderas de trozos de "siltita" y "arcilita" de gran compacidad y consistencia, y alguno que otro canto de mineral de hierro. Los materiales sedimentarios más duros aparecen trabajados por la mano del hombre, y el autor del hallazgo, A. Taddey, piensa que corresponden a una cultura muy antigua y muy primitiva, probablemente precerámica. Estos yacimientos líticos serán investigados en el correr de los próximos meses, pero es preciso destacar que en relación a los

estudiados en la Cuenca del Catalán (Artigas) aparecen menos conservados, más erosionados en general y ofrecen características más rudimentarias.

Componen las elevaciones de Aceguá, granitos, gneises y esquistos y rocas metamórficas diversas; los materiales graníticos porfiróides y de textura fluidal son frecuentes, y aquí y allá se presentan algunos diques ácidos de regular potencia. Salvo las laderas del Oeste que son bastante empinadas, y las de alguno que otro valle transversal, a veces con carácter de quebrada, el resto de la sierra ofrece ondulaciones relativamente suaves, estando las cimas cubiertas de pasturas ralas y pequeños arbustos, y siendo el monte serrano bastante escaso, salvo en las cubetas de recepción torrencial y el fondo de los valles, contrastando en ese sentido con muchas serranías del departamento de Lavalleja. La altura sobre el nivel del mar se aproxima en algunas cimas a 400 m.

Los campos de las estancias vecinas, dedicados al pastoreo, son en parte de buena calidad, principalmente los desarrollados sobre suelos algo ondulados. En tales campos ocurren algunos afloramientos, donde aparecen las huellas glaciales en forma de tillitas, las que incluyen gran número de cantos redondeados de cuarcita y rocas eruptivas mal conservadas. Estos restos han resistido apenas los efectos de la erosión milenaria, y han sido afectados además por un proceso de acanalamiento llamado técnicamente "seudolapiez" debido en parte a

la erosión y en parte a fenómenos de disolución y alteración. En determinados lugares tales restos de conglomerados glaciales, se aferran a la base granítica, formando pequeños montículos, llenos de grietas de las que surgen arueras, canelones y coronillas. Estos indicios se refieren a una glaciación que ocurrió hace ya muchos millones de años, en el supuesto continente de Gondwana, y que debió modelar intensamente la masa cristalina de la Sierra de Aceguá.

Cuesta creer en un día ardiente de verano, que alguna vez la mole de la actual serranía haya soportado el peso de los hielos que marchando como lentos pero majestuosos glaciares, arrastraron alguna vez limos, arena, cantos y aún bloques, amontonándolos a gran distancia de su punto de origen.

Jorge CHEBATAROFF

(Especial para EL DIA)
(Fotografías del autor)



Afloramientos graníticos de grano fino y restos de depósitos glaciales con algunas arueras entre las grietas.



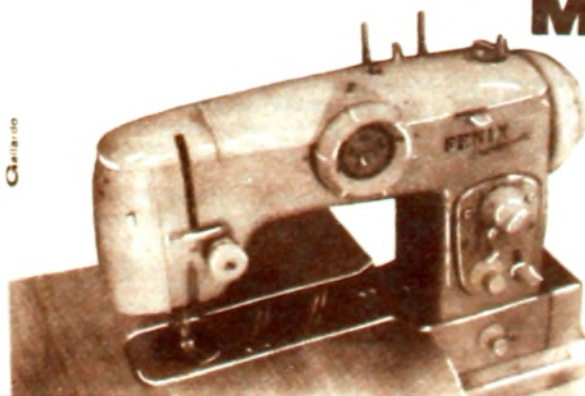
"Seudolapiez" producido por erosión y disolución en depósitos glaciales.

LO MEJOR Y MAS MODERNO

EN
MAQUINAS
DE
COSER

PARA
LA
FAMILIA
Y LA
INDUSTRIA

CREDITOS



C. BRANDES Y CIA. S. A.
RINCON 658 Tel. 8 00 28 y 9 59 83

EL primer científico que estudió la civilización de Tiahuanaco, guiado por un genio pasional y localista, estructuró una teoría que "comprobó" mediante "descubrimientos estrictamente científicos", por la cual indicaba, con respecto a esa civilización del Altiplano Andino que podría datar del Pleistoceno. Realmente, Arturo Posnansky no tuvo muy en cuenta las normas del trabajo arqueológico. La mínima edad que le atribuyó entonces a Tiahuanaco fue de 12.000 años antes de Cristo.

Hace unas tres décadas muchos seguían sus tesis. Sabios de renombre indiscutible se aunaron para apoyarle y aún hoy, aunque cueste creerlo, algunos profesionales, con ciertas reticencias, continúan apoyando dichas teorías. Pero, por otra parte, desde los primeros días en que fueron dadas a publicidad en Europa y América, estas ideas sobre una probable "Cuna del Hombre Americano" con una edad milenaria, especialistas de distintos países las consideraron ya absurdas, así como dudosas las pruebas presentadas.

Afortunadamente, esos tiempos en que la arqueología era una ciencia un tanto secreta, practicada por iniciados que no podían explicar su sistema ni las normas que los guiaban a tales o cuales resultados, ya han quedado muy atrás.

Desde hace 20 años tenemos trabajos arqueológicos de primera magnitud realizados sobre investigaciones en la metrópoli altiplánica, que nos han dado, desde entonces, una idea clara de qué podría ser y de qué fecha podría datar la extraña civilización cuyo centro religioso se situó a orillas del Lago Titicaca.

Los Aymarás o Collas, indígenas que pueblan vastas regiones de Perú y Bolivia, son los descendientes de aquellos que levantaron las ciclópeas construcciones cuyo origen se podría situar unos 500 años a.C.

Los estudios preliminares crearon tres divisiones para el complejo cultural. Hoy día, luego del resultado de las excavaciones que realizara la Dirección de Arqueología de Bolivia, han hecho aparición dos nuevos estratos culturales que complican un tanto el panorama de las secuencias culturales de Tiahuanaco, indudablemente el más complejo con que ha tropezado la arqueología en América.

Efectivamente, se han localizado dos nuevos horizontes estratigráficos que vendrían a comprobar las viejas tesis de Ibarra Grasso en el sentido de que en Tiahuanaco sentaron reales varios grupos culturales. Entre el estrato de Tiahuanaco Arcaico y el correspondiente al Clásico, se halló un nuevo tipo de cerámica de la que se tenían pocos ejemplares y nunca hallados "in situ". Esta cerámica es policroma, pero presenta muchos elementos completamente diferentes, como para ser considerada como parte del proceso evolutivo de una cultura.

Posteriormente, entre el estrato Clásico y el Expansivo o Decadente, se localiza un tipo de cerámica con la desconcertante característica de la carencia de pintura y de pasta grisácea o café claro. Aquí se hallan nuevas formas no presentadas hasta el momento en los estratos anteriores. Esto se podría interpretar, aplicando la arqueología ortodoxa, como un retroceso cultural. Existen en ella formas del estrato anterior. Todo indicaría que fue un período muy breve.

Si es evidente que todo descubrimiento objetivo se debe tener en cuenta para la estructuración prehistórica, también se debe considerar que los recientes hallazgos no alteran el viejo orden propuesto por W. C. Bennett y al que, mientras no estemos todos de acuerdo, nos debemos atener, más aún cuando el mismo ha sido comprobado por las dataciones logradas en base al Carbono 14.

TIAHUANACO ARCAICO

La ribera Sur del Lago Titicaca fue, desde hace miles de años, sitio elegido como morada por pueblos con el conocimiento de la cerámica y posiblemente de culturas paleolíticas. En la península de Taraco se desarrolla la cultura Chiripa, independiente de Tiahuanaco, anterior a ésta y a la que influencia posteriormente con su arte estatuario.

Fechas del C 14 obtenidas en los laboratorios de la Universidad de Yale para la Cultura Chiripa.

p-116 Ch. A4 2377 ± o — 110
(a partir de ahora)

p-145 Ch. B8A 2970 ± o — 120
(a partir de ahora)

Restos de carbón de la superficie, a 25 cms. en excavación piloto debajo de casas Sub 1 y Sub 2 en el estrato pre-mount de Bennett.

p-129 Ch. B8B 3240 ± o — 130
(a partir de ahora)

Posteriormente, unos 5 siglos antes de



Cabeza de un monolito en el cual se observa una decoración incisa que la cubre literalmente, revelando un arte superior para las culturas precolumbinas, aún cuando consideramos que es un exponente del Período Expansivo o Decadente. La Paz. (Foto del autor).

CRONOLOGIA PARA TIAHUANACO

nuestra Era, llega a ese lugar un pueblo agricultor, cultivador de la papa y de la quinua, con el conocimiento de la deshidratación de las verduras, que también practicaba la caza y la pesca y que construyó rústicas cabañas de planta circular, trayendo consigo, desde un principio, el conocimiento de la cerámica con pintura. Poseían, por otra parte, una compleja organización político-económica y nos inclinamos a entender que la mayor unidad entre esos grupos se debió al idioma. Presumiblemente fueron ellos quienes introdujeron el Aymará, futura lengua del Altiplano de Bolivia.

Este estadio de la cultura duró muchos siglos. Fue preciso acostumbrarse al duro clima de la meseta a más de 4.000 metros sobre el nivel del mar y dominar los vientos para navegar en el Lago y adaptarse al régimen de las lluvias para lograr cultivos ricos en tierras fértiles. Ese lento proceso se observa en los rastros que han dejado. Durante siglos, el hombre ejerció su influencia sobre la geografía y creó un paisaje doméstico propio para el habitat de cientos de miles de campesinos. En el primer o segundo siglo de la Era levantaron sus primeros templos y observatorios. La tercera Kalasasaya — a contar desde la superficie — sería uno de sus templos. La falta de excavaciones grandes, practicadas por científicos, no nos permite el conocimiento total del problema en dicha área.

Los que siguieron a estos primeros pobladores no habrían perdido el tiempo en conocer el panorama donde levantarían una cultura que, por sus proyecciones estéticas hoy, transcurridos más de quince siglos, nos sigue asombrando por la pureza de líneas y la concepción abstracta de sus planteos estilísticos.

TIAHUANACO CLASICO

Sobre todas las posibilidades de una cultura o un período de un complejo cultural, es en el arte en donde se ha de reflejar el clacismo de este estadio Tiahuanacota. No tenemos noticias de grandes construcciones — excepción hecha de los templos de Tiahuanaco — ni de notables caminos, fortalezas o industrias relacionadas con la guerra. Pero es en las obras de arte, en la concepción de una estética que sobre todas las cosas se plasmó en la decoración de su notable cerámica policroma, donde se refleja su espíritu capaz de llegar a la abstracción completa de los temas a desarrollar.

Este estadio cultural se desarrolló en la pequeña zona al Este del Lago Titicaca y si se han exhumado ceramios y obras de otro tipo, vinculados a este período, en regiones tales como Cochabamba y cercanías de Sucre, esto se debe, evidentemente, a que los portaban peregrinos que los habían obtenido por comercio. Nada justifica la expansión de la cultura de esa época.

Se desarrolla admirablemente la metalurgia, empleándose el oro y el cobre y, aun cuando muchos lo niegan, conocieron y desarrollaron el bronce de manera notable. Frente a nosotros tenemos una colección de hachas de Tiahuanaco, que en opor-

tunidad hemos examinado con el notable americanista Asbjorn Pedersen y, a raíz del análisis realizado, no tenemos duda alguna sobre que se trata de bronce y de una aleación de extrema dureza, con aplastamiento molecular, o sea que ha sido machacado para mayor resistencia en su punto justo y luego templado en base a una inmersión. Hachas de bronce con aletas y con aletas y filo en media luna similares a las egipcias predinásticas se observan además de en nuestra colección, en el Museo Matto de Montevideo y, aunque pocos lo han observado, aparecen perfectamente diseñadas, en manos de guerreros, en vasos de cerámica del período clásico.

En piezas rituales o decorativas, de los sacerdotes o guerreros, se hacen multitud de objetos diferentes en metal que rivalizan unos con otros en la belleza de sus formas. Los monolitos con figuras antropomorfas adquieren un esplendor no visto en las culturas andinas. Las construcciones de los templos son complejas pero hermosas.

Desde el comienzo del Clásico se siente la influencia de un pueblo que aporta nuevas formas y sobre todo la técnica de la metalurgia y la policromía en la cerámica. Muy posiblemente se trata de una cultura que llega desde la costa peruana a los Andes. A ese pueblo que deja su notable influencia le denominan Nazcoide.

El final de este período ha suscitado diferentes tesis. Las opiniones más contradictorias se han barajado y todavía hoy están en pie varias de ellas muy dispares.

Durante el lapso en que se desarrolla este clacismo en la región de Tiahuanaco y adyacencias, el orden político sufrió un notable cambio a partir del ciclo anterior. Existía una unidad política cuyo centro estuvo constituido por los templos en las cercanías del Lago. Un orden social, con directivas impartidas por una clase gobernante de príncipes-sacerdotes regía de manera benévola — no se hallan casi armas en las tumbas de este estadio — los destinos de esa gran masa de campesinos-artesanos que formaban el pueblo. De una manera repentina se altera ese orden. ¿Se habrían levantado los campesinos contra los gobernantes? ¿La influencia de un nuevo pueblo con hábitos guerreros habría conquistado de pronto la zona? De la brusquedad del cambio nos hablan restos de casas en cenizas y montones de huesos humanos partidos originalmente al morir sus dueños y son testigos de un canibalismo y de una violencia sin par en la zona andina.

TIAHUANACO EXPANSIVO

Colegas especialistas de indudable seriedad, opinan que la civilización continúa en Tiahuanaco, pero que es regida por otro pueblo de cultura diferente. Y es evidente que, aunque las lineaciones generales del estilo se mantienen, los hábitos son completamente otros. Bruscamente, ejércitos bien armados, con una conciencia militar hasta entonces desconocida en el área andina, irrumpen en los valles de Cochabamba, Sucre y Potosí y en este último y en Oruro la conquista fue violenta. En el extremo

Sur de Bolivia, en Tarija, se hallan las huellas del dominio de Tiahuanaco. De allí pasarían al N.O. de Argentina, donde si no conquistaron dejaron al menos una notable influencia.

No se detuvieron en sus conquistas a las zonas que conocían, o sea las altas mesetas del altiplano y sus valles, sino que tomaron ingerencia en las tierras bajas. En Yungas, Santa Cruz y el Alto Beni, hemos hallado sus ceramios y su influencia cultural. La expansión fue grande y rápida.

En el primer siglo de este período se halla de conservar las lineaciones magníficas que habían trazado los que los antecedieron y lo relacionado con el arte. De la línea recta de la sobriedad de conceptos, se pasa al empleo empalagoso de la curva. Un amaneramiento general se observa en la creación artística. No había tiempo para el arte en épocas de conquista.

El bronce adquiere gran desarrollo como consecuencia del auge de las industrias de guerra. Hachas de esa aleación se hallan en toda la meseta de Charcas, en Cochabamba y hasta en Tarija y el Norte de Argentina. Aquí las formas, a decenas, son funcionales y por las exigencias del uso, deben seguirse manteniendo las formas originales.

Pero si en el primer período — Tiahuanaco Arcaico o Formativo — se realizaron las grandes obras de transformar la geografía de las riberas del lago para poder poblarlo y cultivarlo y en el Período Clásico se lleva a cabo la gran conquista del arte, llegando a la concepción abstracta, en el Expansivo se ha de realizar una gesta pocas veces conocida entre las antiguas culturas de América. Los tiahuanacotas toman el camino de la costa, atraviesan el Ande — originalmente lo habían atravesado para llegar a la meseta — e inician una conquista material o religiosa (hay discrepancias al respecto) de toda la costa peruana y del norte chilena. Sus rastros son notables. Han alcanzado su influencia sobre culturas que por más de diez siglos habían mantenido su estilo de trabajo en artes, construcciones, etc. Estimativamente, la conquista de la costa se produce en el siglo VIII de la Era. En la zona de Pacheco (Tablazo Ica-Nazca), se han de reproducir en telas, metales, etc., los personajes de la Puerta del Sol de Tiahuanaco como calçados. El estilo se traslada intacto en esta área.

En el Valle de Lima, Chancay sufre una influencia fuerte. Deja por un tiempo su cerámica blanca y toma formas y técnicas de Tiahuanaco. En el Norte, en las pirámides de Lambayeque, hemos observado pinturas del período de indudable procedencia tiahuanacota. En Chile la influencia se siente notablemente hasta La Serena.

En estratigrafía, el estrato cultural tiahuanacoide o Tiahuanaco Costero, es de indudable ayuda para poder datar sus relaciones inmediatas, ya que se conoce su cronología relativa.

Pero estos conquistadores mucho abarcaban y poco se preocupaban de la unidad central del imperio. Los ayllos se separaban y las guerras internas carcomieron los cimientos de esa organización guerrera. Los diferentes hilacatos se sintieron poderosos para recibir órdenes y crearon sus propios centros. Y es asombroso constatar como hoy, después de ocho siglos, las separaciones que produjeron esas luchas internas, se siguen manteniendo. Hay enormes enemistades entre las tribus aymarás del Altiplano, que en múltiples ocasiones culminan en batallas con la consiguiente pérdida de numerosas vidas.

Se supone que en el siglo XIII y durante un estado de caos en la zona aymará del Lago, irrumpen los Incas y conquistan venciendo la feroz resistencia de los pobladores. Los reinos Collas históricos caen bajo el ejército compacto y notablemente disciplinado que llegaba desde el Norte.

Raúl CAMPA SOLER

Cochabamba, 1961.

(Especial para EL DIA)



Cerámica negra con decoración incisa en la que se aprecia una influencia de Paracas o posiblemente Nazca arcaica. Su forma no es original de la cerámica sino que ha sido tomada en préstamo del trabajo en metal laminado. Es un apreciable exponente del Período Clásico de Tiahuanaco. Col. Museo Nac. La Paz. (Foto del autor)

QUIETO, MAGNO! ES-
TOS SON MIS AMIGOS!
ELLOS Y SUS PAN-
TERAS NO NOS HA-
RÁN DAÑO!

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



MAESTROS PARA ENTRENAR PANTERAS,
ESTOS ALTOS Y MAGROS GUERREROS
PUEDEN DARSE FESTINES, MIENTRAS
OTROS MUEREN DE HAMBRE!

QUIETO,
MAGNO!

PAZ, BWOLOS! NUESTRO ENCUENTRO ME
PRODUCE PLACER... PERO ESTOY ACOMPAÑADO
DE UN LEÓN MUY ESPECIAL, QUE ES TAMBIÉN MI AMIGO!



PAZ, AMIGO TARZÁN! DAS A NUESTROS
OJOS UNA INMENSA ALEGRÍA, PERO EL
LEÓN NO ES NUESTRO AMIGO!



FUI YO QUIEN TE ENCONTRÉ MUCHAS VECES ANTERIORMENTE... CAZAN-
DO LEONES COMUNES. PERO MI AMIGO MAGNO, NO ES UN LEÓN
MALVADO!



OBSERVA ESTA MAGIA, TUZZU! TUS
PANTERAS TIENEN QUE SER SOS-
TENIDAS POR PODEROSOS HOMBRES...
PERO ESTE LEÓN SE HA VUELTO MI AMI-
GO! OBEDECE... MI VOZ!



...NO SE MOVERÁ PARA HE-
RIRTE NI A TI NI A TUS PAN-
TERAS, A MENOS QUE YO
SE LO ORDENE!



Copyright 1961, Edgar Rice Burroughs, Inc.—Tm. Reg. U. S. Pat. Off.
Distr. by United Feature Syndicate, Inc.

SÍ, SI ES VERDAD, REALMENTE ES MA-
RAVILLOSO QUE UN LEÓN PUEDA SEP
AMIGO DE UN HOMBRE, PERO NOSOTROS
NO TENEMOS LA MAGIA PARA HACER-
LO NUESTRO AMIGO!



BILL
ELLIOTT
JOHN
CELARDO

HACE MUCHO TIEMPO, CUANDO SU
MADRE FUE MUERTA, YO LO CRIE...
COMO A UN HIJO! ES UN LEÓN PA-
CÍFICO, COMO NOSOTROS SOMOS
PACÍFICOS HOMBRES!



ANDAMOS BUSCANDO AL
MALVADO RHINO, QUE DES-
TRUYE NUESTRAS CASAS, MATA
A NUESTROS HIJOS INCAPACES
DE ESCAPAR DE ÉL! TE OBE-
DECERÁ TU LEÓN MA-
GICO... SI LE MAN-
DAS MATAR A
RHINO?

EL ME OBEDECE, TUZZU! PERMITENOS
AUNARNOS A TU CARAVANA Y AYUDARTE
A ENCONTRAR MATAR AL MALVADO RHINO!



1567



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.



Llegan los REGALOS

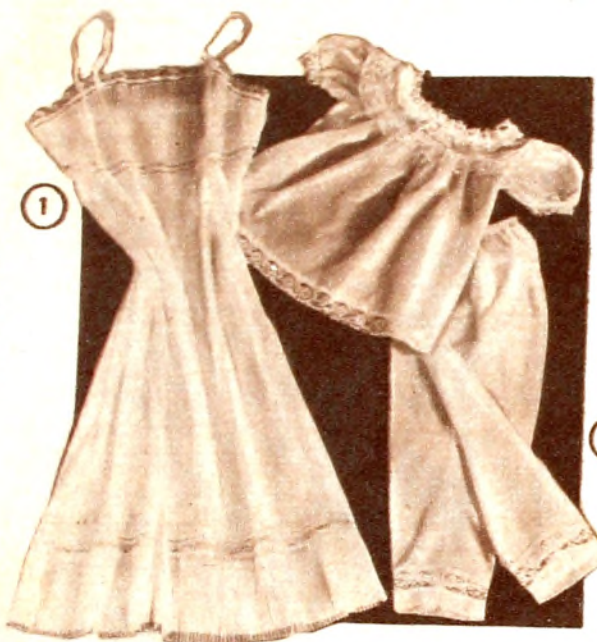
por las 3 Avenidas y...



CASA MATRIZ
Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES-Avda. Gral.
Flores 2341 - TELEF.
24200-24300-24400

SUC. CORDON
Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 4111



1 - Visos de nylon para jovencitas, con plisado y pasa cinta. Talle 12
(Aumenta \$ 2.50 por talle) **\$ 48.50**

2 - Pijama en nylon para niñas, con adorno de puntilla. Talle 2
(Aumenta \$ 4.50 por talle) **\$ 36.50**

3 - Un regalo que hará feliz a su niña, es esta Sombrillita importada, en tela de bonitos colores. El precio es de **\$ 19.50**

4 - Moderna Malla en Zephir Tom, con adorno de moña y pollerita tableada. Talle 4
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 52.00**

5 - Salida realizada en sponge y tela Glen fantasia, detalle de martingala en la espalda. Talle 2
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 34.00**



9 - Pantalón para niño en popelina de nylon, totalmente forrado, elástico en la cintura y medio cinturón. Talle 4
(Aumenta \$ 2.50 por talle) **\$ 36.00**

10 - Clásica remera en hilo, con guardas de color. Talle 2
(Aumenta \$ 2.30 por talle) **\$ 23.50**



11 - Camisola en Zephir Glen en bonita combinación de colores. Talle 6
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 29.00**

12 - Para acompañar la Camisola, este Short de gabardina, corte perfecto, colores modernos. Talle 2
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 25.00**



6 - Para bebita, este precioso Vestido en simil radia con viso de taffeta. Talle 0
(Aumenta \$ 5.00 por talle) **\$ 65.00**

7 - Vestido en Broderina, franja de color en el talle, falda con tablonos. Talle 6
(Aumenta \$ 5.00 por talle) **\$ 100.00**

8 - Para bebe, Casaca en Kinder-Lon, gran variedad de colores. Talle 1
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 60.00**

Pantalón haciendo juego, todo forrado. Talle 1
(Aumenta \$ 2.00 por talle) **\$ 41.00**

VEA nuestras estelares presentaciones en T. V.

Los Lunes a las 21 horas
Los Miércoles a las 21 horas
POR SAETA CANAL 10

Los Martes a las 21 horas
POR MONTECARLO CANAL 4

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.